

CRISTIANDAD



34 RAZON DE ESTE NUMERO

CRISTIANDAD se adhiere al Centenario de Mosén Jacinto Verdaguer, que este año se celebra solemnemente, consagrandolo a tan alto objeto el presente número. Entre las múltiples facetas que la portentosa fecundidad del vate reviste a su figura, ofrece para nuestra Revista especial interés aquel florón de su producción que se corona en los dos inmortales poemas «La Atlántida» y «El Canigó». Y no es porque Verdaguer, poeta místico, poeta lírico, nos ofrezca menor atractivo, sino por cuanto en Verdaguer, poeta épico, brilla una profunda intención de la que nuestra publicación, por coincidir especialmente con su carácter y su designio, desea hacerse modesto eco: la cristianización y los destinos providenciales de España, madre de un Nuevo Mundo en el primero de aquellos poemas; el triunfo de la Cruz sobre el Paganismo y la Morisma agonizantes—sus dos grandes enemigos históricos—cabe nuestros picos pirenaicos y sobre nuestras playas luminosas en el segundo. Objetivo, respectivamente, de los artículos de Tomás Lamarca en **Verdaguer, poeta de la raza** (págs. 357 y 358) y de Luis Creus en **Canigó. El triunfo de la Cruz sobre el Paganismo** (págs. 362 a 365).

Las otras facetas, fuente riquísima de delicias inagotables, antes citadas, hallan su eco en páginas también deliciosas debidas a María Antonia Salvá, **Verdaguer** (págs. 346 y 347), en el magnífico artículo, autorizado y sabroso comentario de nuestro maestro y crítico, Manuel de Montoliu, **Jacinto Verdaguer, poeta místico** (págs. 348 a 352) y en la reproducción de R. Rucabado, **Verdaguer, poeta eucarístico** (págs. 354 a 356).

Enaltecen la figura del sublime Poeta la reproducción y traducción, entre otros, de dos fragmentos suyos: **La Beata Margarita** (pág. 353) y **La Cruz del Canigó** (págs. 366 a 370), así como, en las páginas centrales, la Biografía y la figura del más grande de los vates catalanes.

Sección «A guisa de tertulia»: **Diálogo de los árboles**, por Fraxinus Excelsior (págs. 373 y 374).

Sección «A la luz del Vaticano»: **Las elecciones inglesas** (págs. 375 y 376).

Los dibujos son originales de Ignacio M.^a Serra Goday y de Joaquín Mascaró.



S. L. T.



Madrid

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 48' -

Trimestral 12' -

Número ordinario 2'50

Precio del presente número extraordinario 3'75

Lea

SÍMBOLO

Boletín del grupo
de J. F. de A. C. de
la Parroquia de la
Pma. Concepción y
Asunción de Ntra.
Sra. de Barcelona

Precio del ejemplar 2'00

S. A. G. B.

Barcelona

CRISTIANDAD

NÚMERO 34 - AÑO II

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22448
BARCELONA

15 Agosto de 1945

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 256
MADRID

VERDAGUER

El centenario del nacimiento del gran poeta hispánico Mosén Jacinto Verdaguer nos permite aproximarnos, bajo la luz que vierte su caso, a dos de los problemas fundamentales de nuestro país: el de la unidad religiosa y el de la unidad nacional.

Bajo el aspecto religioso, podemos ver en Verdaguer a un sacerdote enfervorizado en ansias de apostolado y de servicio de Dios y le cuadran perfectamente, a él en particular, las palabras que, de un modo general y refiriéndose a la nación española, el Pontífice León XIII, pronunciara en su encíclica "Cum multa", durante la vida de nuestro poeta:

"Entre las muchas prendas en que se aventaja la generosa y noble nación española, merece citarse con el mayor elogio el que, después de varias vicisitudes de cosas y de personas, aún conserva aquella su primitiva y casi hereditaria fé católica, con que ha estado enlazado siempre el bienestar y grandeza del linaje español."

Cierto es que ello ocurría a finales del pasado siglo, cuando el torrente de errores que han combatido a la fé cristiana en España y en todo el mundo empezaba tan sólo a mostrar sus resultados sobre nuestro pueblo. ¿Podrían estas palabras repetirse hoy?

Y, no obstante, es éste el aspecto más esencial de nuestra existencia como nación, es éste el núcleo de donde arrancan las más auténticas virtudes y glorias de la patria.

* * *

El segundo aspecto lo comprendió Verdaguer en una forma que debemos considerar sólidamente cristiana y también sólidamente española.

Nacido en el corazón de Cataluña y en el seno de una familia agricultora, en el más inmediato contacto con el alma del pueblo, creció su fuerza poética unida con el vínculo de expresión que era su lengua popular. Por esto escribió en la española lengua catalana, sin que ello no obstante, significase excluir de su corazón a la gran patria común. Así lo sostuvo, en todo momento, con sus obras y sus palabras.

La solución dada por Verdaguer a este problema se la dictó su interpretación cristiana del amor a la patria: jamás esta interpretación llevará a profundizar simas entre pueblos que, brotados de un mismo tronco, han vivido una verdadera unidad cristiana en la Historia.

Fué como poeta y como poeta cristiano, como intuyó ambas soluciones; y como poeta, y gran poeta, le serían aplicables aquellas palabras con que el mismo gran Pontífice citado anteriormente, al referirse a Europa, en su Encíclica "Inmortale Dei", decía:

"No hay que dudarlo: todo ello, lo debe agradecer grandemente a la religión que le dió, para excogitar e iniciar tamañas empresas, inspiración y aliento, así como auxilio eficaz y constante para llevarlas a cabo."

Y, en efecto, las empresas poéticas de Verdaguer nos revelan el vuelo del genio que penetró la crisis profunda de nuestro tiempo, con la precisión de un vidente, con aquella aguda percepción, que pone en boca de un estimado maestro y profundo intuidor de su alma, al comentar su naturaleza poética, aquellas palabras: "Vió, vió y sintió con genial exactitud cómo está y vive la flor en el extremo del tallo, y el pájaro en la fronda, y la madre con su hijo, y el obrero con el útil de su trabajo, y la alta cumbre por encima del laberinto de montes que la rodea, y el torrente despeñándose de su roquedal...; y, más aún, vió y sintió cómo está y vive la palabra sobre su cosa. Por eso fué poeta; y porque tuvo copiosamente el don, eligiendo, asociando y tejiendo percepciones, de estar presente a aquello que jamás había visto ni sentido... Los misterios no se han puesto ante su mente, como en presencia del teólogo, abruptos en sus términos abstractos y en su bien perfilado contorno irreductible: ha sentido la presencia de aquéllos por una luz y temblor inefable de las cosas."

Ello es ciertísimo en el caso a que nos referimos: de esta forma comprendió y sintió Verdaguer profundamente los turbadores problemas de nuestro tiempo y de nuestro pueblo —cuya fé y fuerza, inseparables una de otra, veta decaer—, con ojos profundamente cristianos. Y así, con el alma enardecida por la caridad, cantó sin descanso para despertar la fé que sentía desfallecer en las almas, para devolver con ella a Cataluña y a España, a las que amaba con infinita ternura, el verdadero sentido de su existencia nacional.



Verdaguer

La eximia poetisa mallorquina, María Antonia Salvá, inigualable traductora en verso catalán de Mireya y de las *Poesías* de Santa Teresita del Niño Jesús, aparecida la versión de estas últimas en fecha recentísima, ha tenido la amabilidad de honrar nuestras páginas con las siguientes delicadísimas y admirables Impresiones sobre Verdaguer.

He aquí un nombre que allá en mi primera juventud parecía encerrar para mí el secreto del más puro goce del espíritu. La obra del gran poeta contribuyó poderosamente a desarrollar el mundo de la poesía que yo sin conciencia de ello llevaba en mí misma, me inclino a decir que desde mi nacimiento. Ese nombre taumatúrgico lo aprendí de boca de mi padre, en mi niñez y en circunstancia muy digna de notarse:—El que también fué poeta caudal, Don Miguel Costa y Llobera, jovencito aún y estudiante de leyes en Barcelona, le había escrito una carta a mi padre hablándole de los Juegos Florales, en los que acababa de ser premiado con un accésit (!) y, extendiéndose en la alabanza de las composiciones premiadas aquel año, particularmente en la de Don Ramón Picó (mallorquín y de Pollensa como él) que había obtenido la Englantina, proseguía diciendo:

"Dulcísima y también grande en mérito es la que ganó el primer premio de la violeta, la balada religiosa" Sant Francesch, de mi amigo el joven sacerdote de Vich, Jacinto Verdaguer. Este poeta es digno de la patria de Bal-mes. Poeta de nacimiento, dotado de una gran fuerza de sentimiento y de expresión ganaba ya premios cuando aún trabajaba en un predio cuyos dueños le permitían asistir a las clases del seminario de Vich. Hoy, es un sacerdote ejemplar y el príncipe de los poetas de Cataluña. Nadie adivinaría en él, a través de su sencillez y humilde vulgaridad en lo exterior, al autor de las místicas poesías que han de ser la gloria de su lengua: nadie le creería el autor delicado del "Plor de tórtora" ni el enérgico y popular poeta de la "Nit de Sanch". Como muestra de sus poesías le remito éstas hechas para repartir en las iglesias en lugar de las insulsas coplas que suelen repartirse en las fiestas de misión.

"Llevado de mi deseo de darle a conocer al buen Verdaguer, he alargado con exceso esta desaliñada carta. Muchas más cosas quisiera decirle, pero ya lo haré cuando le vea a usted en Palma".

* * *

Esta carta, dirigida, como decía, a mi padre, y que lleva la fecha de 24 de mayo de 1874 (en aquel entonces, tenía yo cinco años) la guardo todavía como un doble tesoro, y también la estampa del Nacimiento de Jesús, que venía incluida, con las "Nuevas canciones de Navidad: "Lo Tam-pa-tan-tam" y "La cançó del rossinyol" (para cantarse con la tonada de: "A la terra xica a la terra gran") y, debajo de todo el pie de imprenta: Vic—Estampa de R. Anglada.—1871.

Pasaron los años y el nombre de Mn. Jacinto Verdaguer se me había hecho familiar. Conocía los "Idil-lis y Cants místics" que había regalado a mi padre un amigo

suyo, cuando un día apareció por todas partes el anuncio de un nuevo poema verdagueriano, "Canigó", nombre extraño que me intrigó muy de veras, y que me llevaba a pensar en algo así como un dulce de pasta fina. Canigó. ¿Y ahora no se comería usted una buena porción de Canigó?—le decía a mi padre acariciándolo. Lo que menos se me ocurría pensar, es que aquello pudiese ser una montaña pirinaica.

Una mañana, en el preciso instante en que me acababa de arreglar, entró mi padre en mi pequeña habitación; llevaba en su mano un libro, y exclamó con aire triunfal:—¡te traigo Canigó!— Abrí el libro a la ventura, y leí esto:

*Culliren a faldades les donzelles
pésols d'or, violes y roselles
y al veure dins el temple lo cavaller Gentil,
entre ell y Sant Martí les comparteixen
y a ruxades al front les hi espargeixen
com en lo front dels arbres fruiters lo mes d'abril.*

Aquello fué para mí una revelación; y de tal manera se encastó la estrofa en mi cerebro, que en él ha quedado para siempre. Ello nada tiene de extraño, pues leyendo después el libro, estrofa por estrofa y verso por verso, llegué a saber de memoria el poema entero. No que jamás hiciese la prueba de recitarlo desde el principio hasta el fin; sin embargo, a quienquiera que abriese el libro, por cualquier punto y me dijera un sólo verso, yo seguía indefectiblemente el hilo de la narración; y esto siempre.

Mi padre que se interesaba tanto como yo por esta clase de lecturas, que a su vez también él solía hacer, me las iba comentando y esto constituyó una ayuda poderosísima en el cultivo de mis aficiones. En aquel entonces mis hermanos, ya bachilleres, habían ido a estudiar a Madrid, y mi padre, abandonando el bufete de abogado, se había retirado a cuidar de su hacienda, que en aquél tiempo era vasta. Ibamos y veníamos continuamente de S'Allapassa a Lluchmajor, a veces a Son Veri o a la ciudad, y la pequeña "galera" de cuatro ruedas de que nos servíamos, sin grandes prisas por llegar, era, ni más ni menos que una sala de lectura. Tanto él como yo, que muy a menudo le acompañaba, aportábamos cada uno sus libros de preferencia, y el tiempo era aprovechado de buena manera. Recuerdo que una vez, en lo florido de mis —de nuestros— entusiasmos verdaguerianos, hallándose él en S'Allapassa le tuve que escribir un sencillo billete, y se me ocurrió firmar: "el Hada de Mirmanda". —A poco recibía la respuesta firmada así: "el Conde Tallaferro" (y en verdad que por sus aficiones arqueológicas le cuadraba exactamente el tal pseudónimo).

Leíamos los libros de Verdaguer, así los antiguos co-

mo los que iban apareciendo, y cada uno era un festín para mi espíritu. El ilustre bibliotecario D. Bartolomé Muntaner se extrañó de que yo, a mis años, tuviese fuerza de voluntad para embestir la lectura de la "Atlántida". ¡Y si hubiese sabido cómo me deleitaba con ella! ¡Tantos y tantos años como van ya pasados sin abrir el libro, y todavía me es posible recitar fragmentos!

Un anochecer que estábamos en la ciudad, se me vino mi padre con esta noticia: —"Verdaguer está en Mallorca, y mañana ha de decir la misa en San Francisco, sobre el sepulcro de Ramón Llull". —¡Vayamos, vayamos allá! —exclamé con transporte—. Sin embargo, llegamos tarde; la misa estaba terminada, y no pudimos ver más que un buen sacerdote joven arrodillado en las gradas del presbiterio, que en actitud humilde parecía "dar gracias"; y, aun esto, desde lejos. Es la única vez que le he visto y jamás tuve con él la menor relación; pero de que su obra influyese poderosamente sobre mi vocación poética, no cabe duda; en determinadas ocasiones, una sola palabra de sus libros me embalsamaba el alma hasta llegar a una especie de éxtasis. Era yo una apasionada naturaleza, con la que vivía en contacto durante las largas temporadas que pasábamos en el campo. Desde las magnas puestas de sol, y los pinares olorosos y el jardincillo florido, hasta

las más pequeñas cosas: un panal extraído de la colmena, un nido hallado sin pensar, todo me ganaba el corazón y lo seducía. La poesía de Verdaguer me completaba la fruición, con el encantador catalán de la Plana de Vich ¡tan semejante a nuestro mallorquín!

Sólo quien hubiese sentido esas cosas con la intensidad con que yo las sentía, podría comprender la delicia con que me sobrecogían estos dos versos de Mosén Cinto:

*"...així en traure florida lo romaní i la malva
per la quintana es vessa d'un buc rosada mel".*

¡Y pensar que precisamente en un rincón de la "quintana" de S'Allapansa —nuestra finca pairal— perfumada de romero, había unas colmenas (*bucs*) de alfarería, donde las abejas libaban *miel* desde muchos años atrás!

Aquellos dos versos (¡y tantos casos semejantes como podría citar!) fueron para mí un dulce hallazgo; una verdadera *colmena* que rebosó (*vessà*) para la "quintana" de mi corazón, "*rosada mel*" de la más inefable poesía.

María Antonia Salvá

(Versión castellana de Tomás Lamarca).

LEÓN XIII DENUNCIA LA OBRA DE LA MASONERÍA...

... EN EL ORIGEN DEL SOCIALISMO

A todos finalmente es manifiesto como los Pontífices han combatido contra los inicuos intentos de las sectas, y en especial contra la peste del socialismo, proveniente de las mismas.

«Quod apostolici». 28-XII-1878.

... EN LA PERVERSIÓN DE LAS IDEAS Y DE LAS COSTUMBRES

Desde que el espíritu de los hombres, impregnado del veneno de las nuevas ideas, empezó, con desenfrenada libertad, a rechazar la autoridad de la Iglesia en todos los terrenos, la corriente se desbordó en la dirección que se le señalaba. Influyó, en efecto, como un virus mortal, en las mismas costumbres, viéndose evolucionar de tal forma a la sociedad que pareció se proponía separarse por completo de las instituciones cristianas.

«Nobilissima gallorum». 8-II-1884.

... EN LA DIFUSIÓN DEL LAICISMO POLÍTICO

(...) El otro es el reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los ejemplos funestos de su caudillo, acometen empresas contra Dios o prescindiendo de Él.

En nuestros días, todos los que favorecen el mal partido parecen conspirar a la una, siéndoles guía y auxilio la sociedad que llaman de los «Masones» extensamente dilatada y firmemente constituida.

«Humanum genus». 20-IV-1884.

JACINTO VERDAGUER, POETA MÍSTICO

La petulancia característica de la generación literaria catalana que siguió inmediatamente a la del poeta Maragall, o sea, la de los llamados "novecentistas", asentó una de las bases de su actuación y de su obra en la desvalorización en bloque de la mayoría de los escritores catalanes del ochocientos. Contadísimo fueron los poetas y novelistas de las pasadas generaciones que se salvaron de esta fanática furia iconoclasta con que irrumpieron en la palestra literaria los noveles escritores que comenzaron a producir su obra en el primer decenio del presente siglo. Ni Narciso Oller ni Emilio Vilanova entre los novelistas, ni Angel Guimerá, ni Federico Soler entre los dramaturgos, ni Costa y Llobera ni Juan Alcover entre los poetas, merecieron consideración alguna de parte de aquellos jóvenes revolucionarios que por espacio de algunos años vivieron en la ilusión de que la literatura catalana, como exponente de cultura, había nacido con ellos y que en sus obras empezaba propiamente su historia. La principal víctima de aquella implacable revisión de valores fué nuestro gran poeta Jacinto Verdaguer. Aquellos atolondrados mozalbetes intentaron derribar de su pedestal al genial autor de "L'Atlàntida". Verdad es que no consiguieron su propósito sino dentro del reducido círculo de los iniciados en las nuevas subversivas orientaciones. El pedestal que había levantado el alma popular al gran cantor de sus leyendas y tradiciones, de su historia y de su paisaje, era demasiado alto y demasiado fuerte para que pudiese ceder al brutal empuje de aquellos insensatos. A Verdaguer no sólo le fué negado el genio como poeta épico; tampoco le reconoció aquella generación ninguna originalidad personal como poeta lírico ni como poeta místico. Y aún más, hubo quienes se atrevieron a sostener que el autor de los "Idilis y Cants místichs" no era un poeta propiamente místico, sino un poeta puramente devoto con ribetes místicos.

La figura de Verdaguer ha sido debidamente realizada por las generaciones literarias más inmediatas a nuestros días. Aquella injusta malquerencia de los novecentistas se ha dissipado, sin haber producido ninguna seria repercusión ni en el alma popular ni en la de la gente culta y consciente de los valores definitivos y permanentes de nuestra literatura regional. Gracias sean dadas a Dios. Pero entre tantas injustas censuras que se lanzaron por los novecentistas para rebajar la titánica estatura del genial poeta, alguna que otra ha quedado flotando en el aire hasta nuestros mismos días, y, entre ellas, la de los que tienden a presentarle como poeta místico de segundo o tercer orden y la de los que llegan hasta negarle el título de poeta propiamente místico.

La celebración del centenario del nacimiento del creador de "L'Atlàntida" nos da ocasión para salir al paso de estas equivocadas apreciaciones y para hacer una demostración de la alta calidad mística de una parte muy considerable de la producción de nuestro vate. Como el espacio de que disponemos no es de gran extensión, resumiremos esta demostración en forma esquemática y reduciremos nuestro comentario a los límites estrictamente precisos.

Propiamente habríamos de comenzar por fijar el concepto de la Mística. Pero esto nos llevaría muy lejos y nos obligaría a encabezar este modesto ensayo con un prefacio doctrinal y teórico que lo alargaría desmesuradamente. Nos contentaremos con agrupar las composiciones místicas de Jacinto Verdaguer bajo conceptos, tendencias y aspiraciones que en el juicio unánime de todos los tratadistas son admitidas como propias y características del sentido místico. Y aún otra advertencia. Sabida es la dificultad que existe para tra-

zar la precisa línea divisoria entre lo ascético y lo místico. Frente a esta dificultad, solamente hemos elegido en la producción de Verdaguer, aquellos momentos ascéticos de su lira más próximos e inmediatos a la zona de sus expansiones radicalmente místicas.

EL DOLOR, EL SACRIFICIO COMO PRECIO DEL AMOR

Las colecciones *Flors del Calvari*, *Flors de Miracruz* y *Al cel* son particularmente ricas en patéticas expansiones del ansia de padecer por el Amado, glosas variadísimas de este versículo del Kempis: *Sine dolore non vivitur in amore* o del de Ramón Llull: "Digues, amich ¿haurás paciència si't doble tes languors? Respós l'Amich: Hoc ab tal que'm dobles mes amors". Precisamente este versículo luliano sirve de lema a una de las más emotivas y a la vez más dramáticas y realistas poesías de *Flors del Calvari*: "Tot sia per Deu", que empieza con estos versos: "La forta tempesta—qu'em dobla la testa,—y'l cor me despulla—com arbre de fulla;—la destrall ferrenya—que de mí fa llenya", y cuyas estrofas llevan el dulcísimo estribillo: "Tot sia per Vos,—Jesuset dolcíssim;—tot sia per Vos,—Jesús amorós". He aquí una glosa del "Sólo Dios basta" de Santa Teresa, aguda como una saeta, breve y alada como un suspiro: "He perdut tot quant tenia,—mes trobí a mon Estimad,—y ja tinch lo que volia—per tota l'Eternitat".

ANSIA DE VOLAR A DIOS. ANSIA DE LA VISIÓN DE DIOS ANSIA DE LA MUERTE DE AMOR

He aquí algunas preciosas muestras de las innumerables composiciones en las que el poeta glosa estos conceptos. En primer lugar aquella endecha de imponderable dulzura que no es más que una pura melodía celeste:

Rosada divina
Quan vos copsaré!
Oh, vina al cor, vina,
Lliri y clavellina,
Rosa sens espina
Del millor roser!

¡Ay! en vostra cara
Quan m'hi miraré!
Hermosura rara,
Font de l'alba clara,
Si no us veig encara,
D'amor moriré.

La mística sed de vuelo ha sido cantada por Verdaguer con una fuerza patética insuperable y con una inagotable riqueza de imágenes en la composición titulada *Ales* del libro *Al cel*. La última estrofa es toda una apoteosis lírica:

Si catifa es l'atzar de vostres sales,
¿Quan lo veuré a mes plantes enflorar?
¡Oh Deu meu, oh Deu meu, daume unes ales
O preneume les ganes de volar.

SED DE AMOR

La colección *Eucarístiques* contiene las más vivas efusiones de amor místico. Abro el libro al azar y leo la poesía *Sedejant* y en ella esta tan intensamente expresiva:

Com una ona d'alegria
Submergeix mon esperit
¡Oh riu de l'Eucaristia!
Quan desayguau en mon pit.

DELIQUIOS, ARROBAMIENTOS DE AMOR MÍSTICO

No sabemos que Jacinto Verdaguer hubiese sido favorecido por Dios con las altas y extraordinarias mercedes con que regala a las almas contemplativas que han escalado los últimos grados de la vía de perfección o han penetrado en las últimas moradas del castillo interior. Pero hay que observar que para ser poeta místico no es condición indispensable la de gozar estos sublimes acercamientos del alma al único objeto de su amor; basta que sienta y experimente los efectos del puro y ardiente deseo de estos excepcionales favores, aunque nunca los haya experimentado en la realidad de su vida. Mosén Cinto experimenta en su obra con gran frecuencia estos místicos anhelos, y de ellos ha dejado infinitas huellas en sus versos. Si él, en realidad, no se sintió nunca languidecer y desmayar de amor, experimentó cuando menos los efectos de este estado en su imaginación y su sensibilidad de poeta y frecuentes veces se sumerge en los abismos del deliquio vecino del éxtasis al glosar este excepcional estado del alma en algunas figuras de los santos de su devoción, como Santa Rosalía y San Francisco de Asís. En su poesía dedicada a aquella Santa, glosa el idílico episodio del cambio de corazones entre Jesús y Rosalía con un acento de inefable ingenuidad popular que sólo encontramos en la literatura mística medieval. Terminado el diálogo entre Jesús y Rosalía, dice el poeta:

Mentre's cambien los cors
s'es defallida,
que ja no pot obehir
tanta delícia.

El Amado, finalmente, se separa de Rosalía, huyendo entre "els clavells y setelies". Y el poeta pone remate a su romance con estos deliciosos versos:

Tot fugint-li, riallós
los ulls li gira.
Lo cel se va asserenat
l'herba floria.

Otra vez es el Pobrecillo de Asís el que con sus arrobamientos, arrastra al alma del poeta a la esfera más alta de los divinos favores. Fray Pacífico no se atreve a acceder al ruego del Santo de Asís que, sintiéndose muy abatido, le ha pedido en vano que tañese su laúd. El Señor le concede el consuelo que le niega su hermano, enviándole un serafín que hace sonar su violín celeste. En este punto de su narración escribe nuestro poeta dos estrofas sobre el efecto arrobador de la melodía angélica:

Passa l'arquet suau y llis
sobre la corda que gemega,
y en la dolçor del Paradís
son esperit ses ales plega.
Plega, també bon angelet,
plega ta dolça melodia;
no dones altre cop d'arquet,
que'l Patriarca's moriria.

La perla de este grupo de composiciones de Verdaguer es, a mi juicio, *Sota l'ombreta*, poesía del libro "Idilis y Cants mistichs", encantadora resonancia de la inmortal poesía del *Cantar*:

A l'Arbre d'amor M'he enfilada un dia, Sols per abastar lo fruyt de la vida. ¡Quin sabor tan dolç! ¡Quina olor tan fina! L'Aymador ho veu; a renyà'm venia:	al sentirlo aprop cayguí esmortuhida, cayguí brosta avall al Cor que m'estima. Quan me té a sos peus de renyar s'oblida, me'n dona un beset que més me valia.
--	--

¡Somniaré o no!
si es somni que ho siga.
Lo beset n'es dolç,
jo li tornaria.
Quan m'ha retornada
l'Aymador se'm gira:
—Traydoreta amor;
traydoreta aymia,
m'heu robat lo fruyt,
lo fruyt de la vida.

—Si he robat lo fruyt,
jo l'arbre voldria,
per plantar-lo al cor
que tant vos estima—.
Quan Ell sent aixó,
d'amor defallia;
mes, ay, son amor
angelets lo diguen,
diguenlo angelets,
que jo no'n sabria.

VISIONES BEATIFICAS. LEYENDAS MÍSTICAS

En los reflejos de la vida contemplativa, que encontramos a lo largo de la obra lírica de Mosén Cinto, podríamos rastrear los correspondientes a las tres grandes vías de la mística medieval: purgativa, iluminativa y unitiva. Los más abundantes son los de las dos últimas. De la primera, o sea, la purgativa, que en el sentir de autorizados tratadistas pertenece más a la Ascética que a la Mística, encontramos manifestaciones de subido valor, y siempre de tono popular en las colecciones *Càntichs* y *Vens del Bon Pastor*, cantos de carácter parroquial, destinados a ser entonados en el templo por la masa de los fieles. Entre las poesías que podríamos incluir en la vía iluminativa, señalaríamos todas las que el poeta dedica a la narración de visiones beatificas y de leyendas místicas extraídas de antiguas colecciones de milagros y vidas de Santos. Visión beatífica de muy subida calidad es la que el poeta tiene de la Sagrada Familia en la huida a Egipto. En el momento de quedar dormido el Divino Niño a la dulce sombra de una palmera exclama el poeta:

Per entre'l fullatge vert
los àngels volen y canten;
si l'un toca'l violí,
l'altre toca la guitarra;
l'infantó s'es adormit,
Maria no dorm encara.

Y trasciende a idilio místico el delicioso canto de cuna en que prorrumpe el corazón enamorado del poeta ante el dormir del Niño-Dios turbado por el sueño de una cruz en la cumbre de una montaña:

Rosinyolet, no refilis tan d'hora,
desvetllaries al Deu de l'amor;
dorm entre l'herba, fontana sonora;
dorm en la platja, lleveig amorós.
Dorm y somnia, Fillet de Maria,
mes altres somnis que alegren lo cor. Etc.

Sencilla e ingenua narración arromanzada es la que consagra Verdaguer a aquella anécdota que se cuenta de Santa Teresa que un día, movida de la más tierna piedad delante de una imagen del Crucificado, le quita el clavo de los pies y lo substituye con un clavel; y lo mismo hace con los clavos de las manos. Y el poeta comenta el hecho con estos versos:

Posantloshi d'un a un
los clavellets olorava;
olorant los clavellets,
sobre la creu se desmaya.

¿Quí vindrá a darli socors
si està soleta en la cambra?
No hi està soleta, no,
que hi es l'amor que tant ayma;
com sos claus ja son clavells,
lo bon Jesús se'n desclava,
y abaxantse de la creu
ja li'n dona una abraçada.

Rica de visiones místicas es en particular el libro de *Eucarísticas*. Puede afirmarse ante el ardiente aroma con que ungió el poeta estas composiciones, que la Eucaristía fué para él el foco principal de sus iluminaciones, así como fué el supremo consuelo de sus grandes amarguras. Hubiera querido

reproducir íntegramente tres preciosas poesías de esta colección: *Sobre'l pit*, *Somni d'itxós* y *Imelda*. En la imposibilidad de hacerlo, me contentaré con reproducir la primera, una de las de nuestro poeta que llevan grabado el influjo del *Cantar*:

Entre Maig y Abril vegí que venia l'aymador gentil de l'ànima mia. Venia rihent com la primavera, omplint l'Orient de sa floridera. Venia amorós son imperi a estendre. Son cap era ros, son cor era tendre. Son mantellet blanch de l'hostia divina brollava de sanch fresca y purpurina.	Ros, candi, vermell y humit de rosada, semblava un clavell florit ab l'albada. —Clavellet d'olor—; diguili—, us espera frisant, lo meu cor per clavellinera. De vostre amor no isch, y encara us anyoro: per Vos es que visch, per Vos es que moro. Vos estimo tant que ja no reposo fins que suspirant sobre'l pit vos poso.
---	--

La encantadora historia de la niña Imelda que, ardiendo en deseos de comulgar, recibe milagrosamente la sagrada Forma que ha volado de las manos del sacerdote a su boca, sirve a nuestro poeta para entretejer un romance de singular belleza inspirado en la sentencia del Kempis "*Fortis est ut mors dilectio*", y cuyos últimos versos nos presentan a la santa niña muriendo de amor:

Imelda té lo que vol,
neda en un riu de delícies.
No podent-les obehir
cau en terra esmortuhida,
y com un vas de cristall
lo seu cor se romp... y expira.
Imelda es morta d'amor:
benhaja qui l'ha ferida.

De hondo sentido místico es la poesía *Raims y espigues* de la colección *Eucarístiques*, en la cual la emoción lírica está expresada con el simbolismo litúrgico que la tradición de la Iglesia presta a las uvas y a las espigas, como representación plástica de la Sagrada Eucaristía.

ANSIA DE UNIÓN AMOROSA CON DIOS

Si en las poesías del grupo anterior Verdaguier huella, por decirlo así, la vía iluminativa, en las de este que vamos a examinar entra ya en la unitiva o presiente ya la alta beatitud que reina en sus alturas. Podríamos decir que está ya pasando de la "oración de recogimiento" a la "oración de quietud" propia de las últimas moradas. Esta nueva claridad alborea ya en algunos versos y estrofas de la obra de su mocedad *Idilis y cants místichs*, como cuando en *Anyorança*, eco del *Cantar*, dice:

Aucellets que anau per l'ayre,
dieu-li si'm tornarà:
que si triga gaire, gaire,
glaçadeta'm trobarà.

Anhelo de anonadamiento en el amor divino es el que nuestro poeta expresa en estos cinco admirables versos que encontramos en *Roser de tot l'any*:

¿Dieu que vinga a poar
en la font que al cor teniu?
No es font d'amor, sino riu;
no es riu d'amor, sino mar
on me voldria anegar.

y en estos otros de la misma colección:

Si vostre cor se m'obris,
se m'obris per dar-me entrada!
oh cancell del paradís
de l'ànima enamorada,

jo en ta porta vull trucar
desde'l matí a la vesprada:
si no m'hi deixeu entrar
moriré a la portalada!

Un ardiente y suavísimo epitalamio es la bellísima poesía que sirve de epílogo al libro de *Al Cel*, titulada *Cant de l'Esposa*. Pocas veces el Corazón Sagrado de Jesús ha inspirado a un poeta acentos y conceptos tan tiernos y tan hondos como los que derrama aquí a manos llenas nuestro gran poeta eucarístico. Esta composición es uno de los grandes monumentos líricos de Jacinto Verdaguier. Oíd en su última estrofa al poeta divinamente ebrio del anhelo de unión que le consume:

Y vos, Jesús, deixau-me en vostres braços
lo son d'amor dormir;
estrenyeu, estrenyeu tan dolços llaços
que als nupcials abraços
me sento defallir.

El mismo anhelo expresado con idénticos acentos de ardiente emoción lírica encontramos en la poesía eucarística *Ell es amb mi*.

A los que pongan en duda la calidad mística de su inspiración religiosa bastaría recordarles uno de los libros de Verdaguier, escrito en sus mocedades, para que todas sus dudas se desvaneciesen definitivamente. Nos referimos al *Somni de San Joan*, que, a mi juicio, es una de las perlas de la poesía mística universal. La sola concepción de este libro, la idea sobre la que está construido todo el poema, podemos decir que es la quinta esencia de la Mística cristiana; y no sólo esto, en esta concepción nos descubre el poeta la única fuente viva de la santidad que ha alimentado en la sucesión de los siglos a todas las almas sedientes del amor divino: el Corazón de Cristo, vivo y palpitante bajo su pecho de carne humana. El poeta empieza por evocar el episodio de la Última Cena, que tuvo por protagonistas a Jesús y a su amado discípulo San Juan:

Los dona son Cos per pa
per vi sa sang adorada;
de la sang del bon Jesús
Sant Joan se n'embriga.
Se reclinava al Sagrat Cor
com trobador sobre l'arpa
y amorosos batements
ressonen dins la seva ànima.
Ab música tan suau
Sant Joan s'endormiscava,
los somnis que ha somniat
eren més dolços encara.

¿Cuál es este dulce sueño del discípulo amado? Sueña que del divino Corazón, sangrante y lacerado, brota eternamente joven la Iglesia, y con ella, a través de los siglos, surge la legión escogida de los grandes amadores de Cristo y héroes de la santidad. Y en su sueño,

Joan, en processó misteriosa,
los héroes de l'amor veu arribar,
anelles d'or de la cadena hermosa
que ve els cors y la terra a encadenar.

Y presidiendo esta procesión, ve a María, "com la lluna entremig de les estrelles". La visión de San Juan está bellamente ordenada según las horas primeras del día: las horas mañaneras, *Celistia*, o sea, la Edad Media; *Albada*, o sea, los siglos XVI y XVII; *Sol-ixent*, o sea, el nacimiento de la devoción al Corazón Sagrado a últimos del siglo XVII. En cada uno de estos marcos cronológicos el poeta evoca y ensalza a todos los grandes precursores del culto al Divino Corazón. En *Celistia*, a María, San Pablo, San Agustín, San Ambrosio, San Antíoco, San Benito, San Bernardo, San Francisco de Asís, San Buenaventura, Ramón Llull, Santo Domingo, Santo Tomás de Aquino, San Vicente Ferrer, Dante, Santa Gertrudis, Santa Matilde, Santa Lutgarda, Santa Catalina de Sena, Santa Magdalena, de Pazzis. En *Albada* coloca a San Juan de la Cruz, Santa Teresa.

Santa Rosa de Lima, San Ignacio, San Francisco Javier, Beato Pedro Canisio, San Luis Gonzaga, Beato Hoyos, San Felipe Neri, San Miguel de los Santos, Mariángela Astorch, San Vicente de Paúl, San Francisco de Sales. En *Sol-ixent*, vemos la única figura de Santa Margarita María de Alacoque, cuyas visiones y revelaciones dieron nacimiento a la moderna devoción al Corazón Sagrado de Jesús. Sigue *Apocalipsis*, visión de la eterna Jerusalén que "té per sol y lluna" al Corazón del Cordero divina y el de su Esposa, la Iglesia. La celestial visión ha terminado. El Corazón de Jesús deja de palpar por unos momentos: San Juan siente que se desgarrar con un hondo gemido; despierta sobresaltado. Ha sido la negra traición de Judas la que ha despedazado el Corazón de Cristo. Comienza la sagrada Pasión. San Juan ruega a Jesús que le permita decir a los hombres cuánto les ama aquel corazón en el que ha reclinado su cabeza y ha soñado su dulce sueño. ¡Qué estupenda concepción! Tan estupenda, que a su lado palidecen las innumerables bellezas de detalle que esmaltan a muchas de las evocaciones de los santos precursores de la devoción al Sagrado Corazón de Cristo.

JACULATORIAS MÍSTICAS

La presencia de Dios ininterrumpida en las almas que han alcanzado las últimas gradas de la escala contemplativa, mantiene siempre vivo en ellas el fuego de la interior fragua del amor, y en esta se forjan las saetas encendidas que el alma embriagada envía a los labios para lanzarlas continuamente al centro de atracción de todos sus deseos y aspiraciones. El alma mística tiene siempre su aljaba bien provista de estas agudas y penetrantes saetas que poseen el secreto de vencer y rendir a la Divina Misericordia. Pocas señales hay tan expresivas como ésta para reconocer la calidad mística de un alma. Jacinto Verdaguer demuestra en su obra lírica que llevaba su aljaba siempre cargada de estas saetas del amor divino. Las arroja con el alma trepidante de ansias inefables en numerosas poesías, como aquella del *Roser de tot l'any* que empieza con una triple exclamación:

Amor, amor, amor,
tanmateix m'ha vingut la rierada
omplint mon pobre cor
com la tendra poncella de rosada.

o como cuando escribe:

Jesús, Jesús, oh vida de ma vida,
delicia de mon cor... etc.

y repite incansablemente la doble jaculatoria hasta los últimos versos que dicen:

Jesús, Jesús, per vostra amor vull viure,
de vostra amor morir.

o como cuando en la poesía, *In Domum Domini*, de las *Euca-ristiques*, remata sus dos estrofas con las palabras "Oh paradís, oh paradís!"

DIÁLOGOS MÍSTICOS

La vida mística es un continuo diálogo entre Dios y el alma, entre el Amigo y el Amado. La poesía sagrada de nuestro vate lleva siempre latente la divina resonancia de las voces del místico coloquio. Su poesía es esencialmente oración, y toda oración verdadera no consiste más que en la súplica interior o exteriormente hablada del alma, seguida de la respuesta callada del Divino Maestro. Verdaguer reproduce este diálogo interior con preguntas y respuestas articuladas, principalmente en sus encantadoras narraciones arromanzadas sobre milagros y visiones de los Santos. Ya su primer libro de poesía mística, *Idilis*, nos ofrece un espléndido ramillete de diálogos místicos. El prodigio del serafín que atraviesa con un dardo encendido el corazón de Santa Teresa, la transverberación del de Santa Gertrudis, el trueque de corazones entre Jesús y Santa Rosalía, el encuentro tan hondamente emotivo de María Magdalena con el Señor resucitado, la sublime transfiguración del tránsito de Santa Ger-

trudis, el beso a la sagrada llaga del costado con que Cristo regala a su fiel enamorada Santa Lutgarda, etc., etc., dan pie a Mosén Cinto a componer preciosos romances del más ingenuo tono popular entrecortados por vivos, ardientes y graciosos coloquios entre Dios y el alma. No citamos aquí ningún pasaje de estas insuperables composiciones porque nos veríamos obligados a reproducirlas enteras, tan íntima es la unión entre lo narrado y lo dialogado. Muchas veces el diálogo interior entre Jesús y el alma, que nuestro poeta oía de continuo zumbir dulcemente en sus adentros, no necenita proyectarlo en la objetividad de un episodio de la vida de un Santo, sino que él mismo nos abre la puerta de su corazón y nos deja oír algunas palabras, preguntas y respuestas, del inefable coloquio. Así en el *Càntich de l'Esposa* (eco del Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz) en *Les cinc roses* (poesía que ya hemos citado antes), en *Sota l'ombra*, que es toda una égloga mística en la que se mezclan y se combinan reflejos del *Cantar* y recuerdos de idilios campestres vividos por el poeta en sus años mozos, y en *Jesús y l'ànima*, que empieza con esta cuarteta de un encanto y frescor irresistibles:

Què us darà la terra, Espòs,
que amb sang la regau així?
—Ramells d'espines per Mí,
ramells de roses per vos.

Fuera de estos grupos, quedan aún muchísimas poesías totalmente místicas de Verdaguer que se resisten a una fácil clasificación. Citaremos únicamente entre todas la titulada "*Lo calze y l'arpa*", no sólo por su intrínseca belleza, sino principalmente por que nos hace ver hasta qué alto grado la poesía sagrada de Verdaguer se nutría de la savia mística de los divinos misterios de los que él era ministro por su dignidad sacerdotal. Esto lo echará de ver el lector en unos pocos versos:

De penyores d'amor
Jesús mil me n'ha dades,
me n'ha donades mil,
dues de sobiranes,
m'ha dat un calze d'or
y un arpa d'or y plata:
un calze celestial
per beure sang sagrada,
la del seu Cor diví
que pel costat li raja.
Quan n'he begut un glop
me'n poso a tocar l'arpa,
cantant a terra y cel
l'amor que m'embriaga.

Con las numerosas muestras que hemos presentado, el lector habrá podido observar por su cuenta que las composiciones místicas de más subido valor en la obra de Verdaguer son aquellas en que él nos habla con el ingenuo lenguaje del pueblo, aprendido por él en los campos donde transcurrieron los días de su infancia y de su juventud. No es que la poesía popular ejerciera una influencia más o menos poderosa en Verdaguer. No. Lo mejor de su poesía es la misma poesía popular, anónima, continuada, vivificada, refundida, recreada por un hijo del pueblo, dotado de una genial potencia creadora y de una exquisita sensibilidad poética.

Hemos de distinguir, por esto, dentro de la obra mística de nuestro poeta, las composiciones de marcado tono popular, de aquellas otras escritas según las normas del gusto de las escuelas poéticas cultas. Son las composiciones de la primera categoría las que aseguran a su autor una gloria inmarcesible en el futuro. Es en esas narraciones arromanzadas sobre hechos y episodios de la vida de los grandes amadores de Dios, donde se revela insuperablemente el poeta popular que vivía en lo más hondo del alma de Verdaguer, invulnerable a todo influjo corrosivo de la retórica de las escuelas poéticas. Es en estas ingenuas poesías sobre la vida de los santos y sobre la infancia de Jesús, donde hizo revivir con todo su encanto la poesía popular. En ellas encontramos a nuestro

poeta cantando libre de toda influencia externa y en íntima y perfecta comunión con el alma de su pueblo. La opulenta frondosidad de la leyenda medieval cristiana vuelve a retoñar en el alma primitiva de Verdaguer, y éste devuelve al pueblo, remozados, con nueva savia, los vergeles floridos del Vorágine, cuando ya empezaban a marchitarse al aliento helado de la indiferencia de nuestros días. En la lírica, lo mismo que en la épica, la figura de Verdaguer señala un súbito retorno a lo primitivo, y, concretamente, a lo primitivo medieval.

Pero aun en los mismos momentos en que es la personalidad individual del poeta la que canta, su inspiración se presenta en sus mejores momentos ungida del fresco rocío de la poesía popular. Y esta es una de las notas más personales de Verdaguer como poeta místico: esta original compenetración y fusión de los más altos arrobamientos de la vida contemplativa con la forma de expresión de la poesía anónima y tradicional del pueblo. Esta fusión puede apreciarse, sobre todo, en sus colecciones *Idilis* y *Cants místichs*, *Flors de Maria*, *Lo somni de Sant Joan*, *Roser de tot l'any*, *Flors del Calvari* y *Eucarístiques*. En el *Roser de tot l'any*, sobre todo, la ardencia efusiva de su *pathos* místico encuentra su expresión perfecta en poesías breves como jaculatorias, y en esta colección la condensación suma de las formas de la poesía popular ha producido admirables obras maestras de gusto y estilo plenamente modernos. Aunque propiamente narrativa, no queremos dejar de citar una composición de asunto devoto que es una de las obras más perfectas y personales de Mossén Cinto: *La mort de l'Escolà*. Un fino y ardiente aliento místico circula en lo hondo de esta escueta y precisa narración de tono sumamente popular. Y esta corriente oculta de emoción mística aflora finalmente en la visión beatífica de la última estrofa, en la que el poeta hace gemir en las alturas

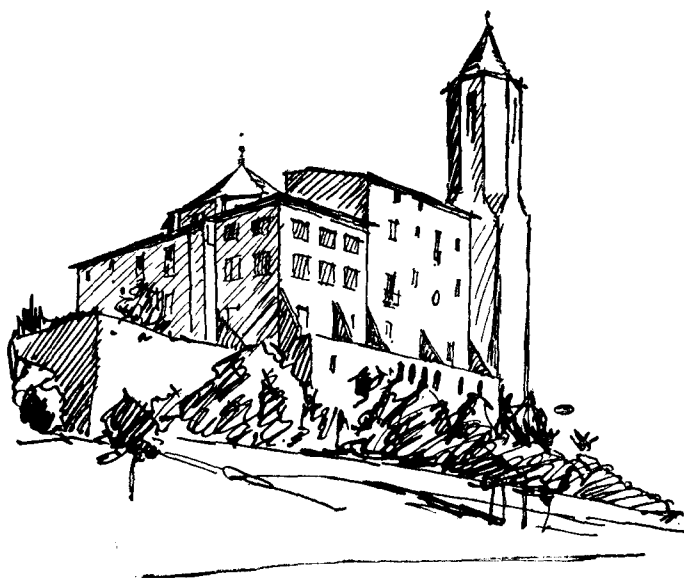
el violín celeste del niño transfigurado. Pintura realista, sobria, austera, simplicísima, de una pequeña elegía vivida por el poeta; voz del pueblo comentando su propia vida con acentos de primitiva ingenuidad, tal es esta maravilla de la poesía catalana, única en su género, y sencillamente inimitable.

Y para terminar, una observación. Sólo cuando nuestro poeta habla con el "impetus sacer", con la embriaguez del núnmen poético, o cuando modula su voz en un acorde perfecto con la del alma popular, produce Verdaguer obras de belleza definitiva y original. Cuando, al contrario, pone en movimiento los resortes retóricos aprendidos en la preceptiva, nuestro poeta sufre serios desfallecimientos, al andar desorientado por el laberinto de comparaciones, alegorías, metóforas y símiles de procedencia erudita. Verdaguer, que poseía un temperamento afectivo e imaginativo de potencia excepcional, era pobre de vida mental y de observación psicológica.

El amor místico de Verdaguer, para producir obra viva y perdurable, había de abandonarse a las puras efusiones de su sentimiento, y plasmarlas en las formas expresivas tradicionales de la poesía popular. De esta pobreza mental, de esta falta de interioridad en la vida de su pensamiento, él mismo tuvo plena conciencia, como lo prueban ciertas confesiones que alguna vez brotan de su pluma. Verdaguer estaba convencido de no poder "mudar de refilada" en toda su vida, como aquel "passarell que s'envellí en la molsa", porque para él "l'amor quan es gran, te sols una nota". Y esta nota es la que emana del ardor y la ternura sin igual de su sentimiento, de su intensísima vida afectiva, consagrada toda a Dios y moldeada toda por el influjo santificador de Cristo Jesús.

Manuel de Montoliu

De la Academia de Buenas Letras



LA GLEVA

LA BEATA MARGUERIDA

Ignem veni mittere in terram
et quid volo nisi ut accendatur.
Luc. XII, 49

Joan de un a un passar los mira;
tots duen d'aquell Cor una guspira,
mes ningun porta lo fornal ardent;
quiscun du en exa processó un mis-
[teri,
qui un calze, qui una llança, qui un
[psalteri;
¿qui durà la custodia resplandent?

Es d'estrella en estrella ja passada
d'eix cel dels cels l'explèndida estre-
[llada;
lo dia esperen auçellets y flors.
¿Als jardins de Chantal sentiú aflag-
[re?
¡quines cançons y músiques en l'ayre!
¡miráu a sol-ixent quines albors!

Lo foch que en lo Calvari s'encenia
un esperit a l'altre se l'envia,
un monestir a l'altre monestir.
¡Oh! surta ja en son vas d'or l'aroma;
esquéxa, oh astre de l'amor, ta broma,
y l'erma terra tornarà a florir.

Lo cor de l'home de secor s'acaba
si no li dona'l Cor d'un Deu la saba:
Jansení baxa rius de glaç del pol;
per escalfar lo món que s'enfredora
no n'hi hà prou de les flames de l'au-
[rora,
lo migdia li cal de vostre sol.

¿Qui farà corre'l vel del santuari?
una verge dexeble del Calvari,
d'aqueix propiciatori querubí:
davant l'altar extàtica gemega;
veu los pecats de tot lo món, y prega
son cor unisson ab lo Cor diví.

Dins una alba de llum hermosa y clara
Jesús se li apareix de peus en l'ara,
ab ses llagues brillants com cinch es-
[tels;
de cada llaga un raig de flama'n bro-
[lla,
de son Cor es un riu que se'n adolla,
sembla en son Cos lo sol en mig dels
[cels.

Com una rosa es coronat d'espines,
¡que n'hi arrenquen de llàgrimes di-
[vines,
d'aygua y de sanch, de perles y ru-
[bins!
Sa Llaga també plora, y la Creu santa,
arrelada en eix Cor com una planta,
fa plorar en lo cel los Serafins.

Y diu, mostrantli eix Astre sense bro-
[mes:
— ¡Mira aquest Cor que tant ha amat
[als homes,
de qui sols reb escarnis y menyspreu!
li paguen tant amor ab sacrilegis,
ab freda indiferencia'ls dons més re-
[gis,
y ab més ingratitud qui més li deu.

¡Mes, regnarà! — afegeix, y una fla-
[mada
li envia aqueix volcà que l'amor bada.
Son cor s'omple de foch y se'n con-
[sum,
y vessa après ses brases per la terra,
per extingirhi ab tant amor la guerra,
per tràure la foscor ab tanta llum.

De pit en pit l'incendi se propaga,
de convent en convent; lo que era
[aubaga
se fa soley als raigs del sagrat Cor;
se li axequen altars y santuaris,
bells cors se li ofereixen per sagraris,
nobles heralts del regne de l'amor.

Y creix lo riu de foch, Jordà que porta
aygua del cel a tota terra morta,
y viu la que s'hi rega y se refon:
y creix lo riu y es una mar que's ves-
[sa,
hont l'esperit del Criador se breça,
diluvi nou que ha d'abrigar lo món.

Coloma blanca d'aqueixa Arca exida,
ne trau l'Esglesia nova sanch y vida,
y dormint com Joan sobre son pit,
en sa Llaga fructífera s'abeura,
ab Jesús abraçada, com una eura
a l'arbre que en sos braços ha florit.

En eix Calze les ànimes que creuen
l'abnegació y lo sacrifici beuen;
ne rebrota ab lo zel l'apostolat;
refloreix la puresa com un lliri,
y'l gra de l'Evangeli ab lo martiri
es en les quatre parts del món regat.

Satèlits d'aqueix Astre'ls, cors s'ence-
[nen
y del fanch de la terra se desprenen
y ab los àngels del cel, a l'atracció
del Cor de l'univers, vers Ell se sol-
[ten,
y en òrbites enceses giravolten
com al volant del sol la creació.

LA BEATA MARGARITA

Juan les mira pasar uno a uno; todos ellos llevan un destello de aquel Corazón, mas ninguno lleva la llamarada ardiente; cada uno en esa procesión lleva un misterio, quién lleva un cáliz, quién una lanza o un salterio; ¿quién llevará la custodia resplandeciente?

Ha pasado ya de estrella en estrella de ese cielo la espléndida constelación; avecillas y flores aguardan la llegada del día. ¿No percibís un recuerdo de aromas de los jardines de Chantal? ¿Qué canciones y músicas en el aire! ¿Y ved hacia levante cuán magníficos albores!

El fuego que en el Calvario se encendía un espíritu lo pasa a otro espíritu, un monasterio a otro monasterio. ¡Oh! Rebose ya de su vaso de oro el aroma; rasga, oh astro del amor, tu bruma, y la tierra yerma volverá a florecer.

De sequedad se acaba el corazón del hombre si el Corazón de un Dios no le presta su savia: Jansenio baja del polo ríos de hielo; para dar calor al mundo que se enfria no bastan ya las llamas de la aurora, le precisa el mediodía de vuestro sol.

¿Quién descorrerá el velo del santuario? Una virgen discípula del Calvario, de ese propiciatorio querubín: ante el altar extática gime; ve los pecados de todo el mundo y ruega su corazón unísono con el divino Corazón.

En una aurora de luz hermosa y clara, a los pies del ara se le aparece Jesús, con sus llagas brillantes como cinco estrellas; de cada llaga brota un rayo de llamas, es un raudal de su Corazón que se vierte, sembrante en su Cuerpo al sol en medio de los cielos.

Cual una rosa está coronado de espigas. ¡Qué de divinas lágrimas, agua, sangre, perlas y rubíes no arranca! Su Llaga llora también, y la Cruz sacrosanta, enraizada cual un árbol en ese Corazón, hace romper en llanto, en el cielo, a los serafines.

Y dice, mostrándole ese Astro limpio de brumas: — ¡Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres, de quienes sólo escarnios y menosprecio recibe! ¡Tanto amor se lo pagan con sacrilegios, los dones más regios con fría indiferencia, y con mayor ingratitud quien más le debe!

Mas, ¡reinará! — añade, y una llamarada le envía ese volcán que abre el amor. Su corazón se llena de fuego y se consume en él, y rebosa después sus brases por la tierra para extinguir la guerra con tanto amor, para desterrar la oscuridad con tanta luz.

De pecho en pecho el incendio se propaga, de convento en convento; lo que era umbría se torna en solana a los rayos del Sagrado Corazón; se le erigen altares y santuarios, hermosos corazones se le ofrecen para sagrarlos, nobles heraldos del reino del amor.

Y crece el río de fuego, Jordán que lleva agua del cielo a toda la tierra muerta, y vive la que en él se riega y se refunde: y crece el río y es una mar que rebosa, do el espíritu del Criador se mece, nuevo diluvio que ha de abrigar al mundo.

Palma blanca de esa Arca salida, la Iglesia obtiene de ella nueva vida y sangre, y adormeciéndose como Juan sobre su pecho, en su Llaga fructífera apaga su sed, abrazada a Jesús, cual una hiedra al árbol que ha florecido en sus brazos.

En ese cáliz las almas creyentes beben la abnegación y el sacrificio; vuelve a brotar con celo el apostolado; florece de nuevo, cual lirio, la pureza y el grano del Evangelio regado en las cuatro partes del mundo con el martirio.

Satélites de ese astro, los corazones se encienden y del fango de la tierra se desprenden y con los ángeles del cielo se entregan a Él, en la atracción del Corazón del Universo, y en órbitas encendidas giran como la creación alrededor del sol.

(Del "Sueño de San Juan")

Verdaguer, poeta eucarístico

Los primeros acordes de la lira eucarística de Verdaguer parecen registrados en aquel recuerdo *La Missa del nou celebrant*, remoto precursor de los suspiros que le arrancó la memoria de su misa primera, durante los años de infortunio que ensombrecieron el ocaso de su vida. Se trata de un pequeño tríptico en que el celebrante dice su emoción antes, durante y después del Sacrificio que inauguró sus dedos consagrados, y termina cada parte con un estribillo de alabanza: "*Lloat sia eternament—lo Santíssim Sagrament*". Durante la misa su corazón "tòtola inquieta" "ve entreabrirse los cielos, y, como de ojo azul que llora, rica perla encantadora desprenderse sobre el altar" (1). Esta feliz metáfora eucarística, es sin duda la inicial del catálogo de dulzuras que como abeja labró en el panal de su vida madura de cantor del Sacramento. Cuando se establezca la cronología poética verdagueriana, se percibirán los providenciales contrastes entre las mieles exquisitas de sus libros novísimos (*Eucarístiques* es uno de ellos), y los abrojos entre los cuales su sacra avidez hubo de libar el jugo de la Poesía celestial.

Irrumpieron aquellas alabanzas en la única poesía de carácter propiamente eucarístico de los *Idilis* y *Cants Mistíchs*. Aunque nada más hubiese escrito que las coplas vehementes y solemnes de la *Nit de Juny*, acreditariase de poderoso salmista del Sacramento. Salmo verdadero, digno del Cántico de los Jóvenes del Libro de Daniel son las *Alabances al Santíssim*, que empiezan con la invocación a la Noche de Junio. Pide el Poeta a la Creación entera las cifras inmensurables de la infinitud de las obras de Dios, para excitar con el misterio del número incontable, la perenne inmensidad de la alabanza. Oh, Noche de Junio, ¿cuántas estrellas ves salir como recientes flores en el jardín del Firmamento? Oh, mar, ¿cuántas son tus olas, y cuántas son las gotas que cada ola eternamente remueve? ¿Cuántas briznas cuenta el follaje, cuántas hojas el bosque, cuántos rumores esparce el viento? Pues tantas veces como rumores, como hojas tiene la selva, como briznas de hierba los campos, ¿tantas veces reciba alabanzas el Santísimo Sacramento! ¿Y alabado sea tantas veces como olas y gotas llenan el mar, tantas como astros pueblan el espacio! Y el canto prosigue, intentando contar las flores de la primavera, los granitos de polvo del universo, los años, días y horas de la eternidad —que devora los siglos en un momento— y hasta los rayos del sol que como Hostia del Altísimo va surgiendo por Oriente. Y con una fuerza lírica avasalladora, el ritmo exige correlativamente para la respuesta del estribillo, un coro innúmero de voces humanas. Es un himno para cantarlo multitudes, y en nuestro Congreso Eucarístico Diocesano hubiéramos deseado escucharlo, arrebatando la masa de los fieles. Pero habremos de aguardar a cantarlo en el cielo, ya que no es posible en la tierra.

¿Quants raigs tens, oh sol bellíssim,
que com l'Hostia del Altíssim
vas alçante en Orient?

TANTES VEGADES
ALABANCES SIEN DADES
AL SANTÍSSIM SAGRAMENT

El sol de la Eucaristía, del cual es símbolo el astro que preside la creación material, fué el que iluminó y alentó a Verdaguer en los últimos años de su vida, al gestar entre dolores el libro poético eucarístico definitivo, concentrando en él belleza tanta y fuego tan ardiente, avivado con inspiración tan soberana, que sólo quien no conozca *Eucarístiques* podrá

no sumarse a la opinión de que es el libro más excelso y característico del Poeta, superior a todos los demás de su copiosa y riquísima producción. Se ha dicho que todo lo restante que escribió, incluyendo las dos grandes epopeyas, no era más que la preparación, el preludio, de esta magna apotheosis eucarística. Su obra entera, dícese, es comparable a una gran custodia, de la cual *L'Atlàntida* y el *Canigó* son la base ciclópea, los *Idilis*, el *Sant Francesch*, *Patria*, *Caritat*, *Flors de Maria*, *Montserrat*, *Cántichs*, etc., el ramaje y tronco, la arboladura y ornamento del magno ostensorio poético. Y la pieza principal del tabernáculo literario es el libro de las *Eucarístiques*, viril poético del cual parten los rayos de *Al Cel*, los resplandores de la gloria eterna, a que el Poeta nos llama desde su bienaventurada mansión. Es sabido que tanto *Al Cel* como *Eucarístiques* son libros póstumos, y uno y otro han sido calificados con justa razón, de testamento espiritual de Verdaguer.

Dichosamente la colección de *Eucarístiques* salió enriquecida con prólogos tales y de tal autoridad, que no puede ya caber elogio mayor que el de suscribirlos. Por donde quiera que vayan las *Eucarístiques* llevarán siempre las bendiciones que acompañaron este libro desde su cuna, como resplandores emanados del fuego sacro que arde en este tabernáculo incombustible. Es sabido que las *Eucarístiques* nacieron en aquel trozo de España que no por haber pasado a dominación francesa por azares de los siglos, ha dejado de guardar sus características y su lengua que son españolas por ser catalanas: la Cataluña francesa, es decir, la vertiente Norte de los Pirineos levantinos, que el *Canigó* preside y que abarca los valles del Conflent y las llanuras del Rosellón. Fué un milagro eucarístico de esos valles el núcleo a cuyo alrededor se formó el libro.

Volviendo a nuestro símbolo, el sol que calentó espiritualmente y serenó el alma del poeta, el sol que encendió en las letras humanas el monumento poético mayor que después de los himnos litúrgicos de Santo Tomás de Aquino se ha levantado (son palabras de un autor que aduciremos seguidamente) fué el que celebró el Poeta llamándole *El Sol de Pezillà*, poético nombre que dió a las Sagradas Formas milagrosamente salvadas del furor rojo durante la Revolución Francesa, conservadas y expuestas a la adoración de los fieles en una basílica construída exprofeso en el pueblecito de Pezillà de la Rivière. El *Sol de Pezillà* es el primero de los cánticos de las *Eucarístiques*. Invita el Poeta al *Canigó* a inclinar la frente coronada de estrellas ante este *Sol*, que es Dios mismo, quien descendió desde más arriba que ellas. He aquí la solemne entrada del poema y del libro:

T'on front abaxa, coronat d'estrelles,
¡oh, noble Canigó!
que un altre Rey baxà de més alt que elles
al cor del Rosselló.

Cuando se inauguró en Perpiñán un altar dedicado a Jesús Niño, el cantor del *Jesus Infant* (cuyo poema había influido en su creación) fué invitado y agasajado por sus amigos. Lleváronle estos a visitar el santuario de Pezillà, para adorar las Santas Hostias. El Poeta inscribió en el álbum esta memorable y significativa frase, que dejamos textualmente: "*Sol de Pezillà, il·luminàu a Espanya y a tot lo món*". Explica el viajero su excursión, a los pocos días de realizada, en *El Sarriánés* de diciembre de 1898.

Al practicar esta visita, dos años hacía que había escrito su poema dedicado a tan insigne prodigio eucarístico, y este poema había conseguido ya un notorio triunfo. La inspiración

(1) Publicóse en el volumen *La mellor corona* (1902).

de esta obra fué a distancia. Lo describe el que fué amigo y admirador de Verdaguer, *animador*, diríamos en lenguaje de hoy, del libro *Eucarístiques*, Mr. Agustín Vassal, caballero de la Orden de San Gregorio el Magno, entusiasta devoto y propagador del culto de las Santas Hostias de Pezillà de la Rivière, en la extensa nota histórica *Génesi de les Eucarístiques* publicada al frente del volumen. Por él sabemos que en diciembre de 1896 escribió a Verdaguer solicitando una poesía sobre las Santas Hostias de Pezillà, que tenían ya su elogio cantado por un obispo eminente, teólogo y poeta, pero a cuya gloria convenía fuesen también cantadas por un Genio. A los pocos días recibía Vassal el poema, que improvisó Verdaguer de un tirón por Navidad, confesándole que eran los únicos versos que había escrito en mucho tiempo (coincidía con una de las épocas de su mayor abatimiento) pero a la vez hacía la confesión preciosa de que “uno de sus sueños era escribir un libro sobre el misterio de la Eucaristía”. No hay que decir la alegría y la emoción con que recibió Vassal esta buena nueva. Desde entonces se convirtió en su confidente y colaborador, en el sentido de proporcionarle libros y documentos, estimularle, y aconsejarle sobre la forma de la proyectada publicación. Más tarde, Vassal mismo fué el feliz depositario del manuscrito.

En el año siguiente al de la fecha del primer poema, 1897, celebrábase el Congreso Eucarístico de Paray le Monial, y Vassal hizo presentar al comité aquel hermoso canto. El Abate Gauthier, Vicario General, lo levó él mismo con aplauso general de los concurrentes, y *El Sol de Pezillà* figura en lengua catalana y en lengua francesa en el volumen del Congreso. “Fué un momento de alegría para Mosén Cinto cuando le mostraron estas páginas, dice su amigo, en una entrevista que ¡ay! debía ser la última”.

Voló al cielo el Poeta enamorado cuando aún le faltaba una parte sustancial a desarrollar, el Santísimo Misterio de San Juan de las Abadesas, que debía figurar en la colección, y para cuyo tema se preparó, sin tener ya tiempo de cantarlo. Esta es, lamenta el cooperador, una joya que falta en la magnífica corona eucarística. Sucumbió en plena tarea, y de él puede decirse como de cierto orfebre, que *murió cinceland una custodia de oro*. Pero aún incompleto, este libro que abarca 82 poemas eucarísticos, es tan grandioso, inspirado y brillante, que Vassal no perdió ocasión de dar a conocer el precioso manuscrito de que era depositario al Congreso Eucarístico Internacional de Namur (Bélgica) que se celebró el mismo año, poco después de fallecido Verdaguer, en septiembre de 1902. “Espontáneamente se abrieron las puertas ante el cantor inmortal de la Eucaristía. Honor a Su Grandeza Monseñor Heylen, el piadoso y espiritual Obispo de Namur. Presidente de los Congresos Eucarísticos internacionales!” “Será una gloria, añade, para el Congreso de Namur haber revelado las “Eucarístiques” de Verdaguer a la piedad cristiana, que hallará en ellas sus delicias”. Y añade con júbilo: “Las “Eucarístiques” han brillado en Paray le Monial “el primer trono eucarístico del mundo después de Jerusalén” y han brillado en Bélgica que figura en primer lugar cuando se trata de exaltar el culto de la Sagrada Eucaristía” (1).

El libro *Eucarístiques*, termina Mr. Vassal, “es una grandiosa y poética custodia del sacerdote-poeta que fué él mismo viril de Jesucristo”. Y en el curso del entusiasta prefacio escribió “esta magnífica corona eucarística es la más bella, con la de Tomás de Aquino, que jamás otro poeta haya ofrecido a Jesucristo”. “Verdaguer —dice aún— es el poeta de la Divinidad”.

El prelado en cuya diócesis este libro había sido engendrado, Monseñor Julio Carselade, obispo de Perpignan, encabezó sus páginas, al salir a luz en 1904, con una carta breve y elocuente. “Hoy las “Eucarístiques” nos hacen mirar al triunfador del dolor, Mosén Cinto, teniendo en una mano la áspere cruz hecha arpa armoniosa y en otra el cáliz de oro, lleno de la sangre del Cordero divino, mientras que con voz de cisne canta los últimos himnos del amor místico, himnos dulcísimos comenzados en la tierra y acabados en el Cielo. El cisne armonioso ha muerto ante el Sagrario. Las “Eucarístiques” han sido el testamento poético de Mn. Jacinto Verdaguer”.

Sigue a la nota histórica de Vassal un extenso análisis de otro enamorado de Verdaguer y de la Eucaristía, D. Pedro Palau González de Quijano. Después de catorce páginas de citas glosadas, entrega el libro a los lectores exclamando: “*Sedientos de Belleza, hirvientes de Fe, ardientes de Esperanza, languidecientes de Amor, apaciguad vuestra sed en esta abundante y deleitosa fuente que nace del corazón místico de Mosén Cinto*”.

También el Censor eclesiástico toma parte en el coro. “*Verdaguer es el poeta católico que, cuando escribe, nunca olvida su carácter de sacerdote, y no pulsa la lira sin dedicar sus cantos al Verbo Eterno. En el presente libro el poeta Verdaguer es un Eucarístico trovador que se extasia ante el Tabernáculo y puntea como otro David su laúd de oro, cantando las finezas del Amor de Jesús. Basta leer una de estas poesías para sentirse iluminado, agradablemente emocionado, y participando del entusiasmo y de la fe que hacía la Eucaristía palpita en el espíritu extraordinariamente místico de nuestro gran poeta catalán*”. El Imprimatur del Vicariato General de la Diócesis de Barcelona lleva la fecha 26 de marzo de 1904.

La dedicatoria de las *Eucarístiques* que hacen los amigos de Verdaguer a Jesús Sacramentado, es verdaderamente solemne y devota. “AL REY DE LA GLORIA HIJO DEL PADRE ETERNO, A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, HIJO DE LA VIRGEN INMACULADA, VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE, REY INMORTAL DE LOS SIGLOS Y DEL MUNDO, VERDADERA, REAL Y SUBSTANCIALMENTE PRESENTE EN LA SANTA HOSTIA, LOS AMIGOS DEL SACERDOTE POETA DEDICAN LAS “EUCARÍSTIQUES”, MAGNÍFICO MONUMENTO DE SU FE, SU ESPERANZA Y SU AMOR”. Pocos libros habrá en el mundo, que puedan ostentar tan augusta y excepcional dedicación.

Pero, ¿por dónde empezar a hablar de este libro altísimo si hemos consumido ya tres cuartas partes del espacio previsto para desarrollar el tema del presente artículo? Si basta, como acaba de significar el censor, con apuntar la lectura de uno sólo de estos poemas para sentirse impulsado a volar en pos de su espiritual autor. ¿Si la sola clasificación de sus 82 piezas exigiría un dilatado espacio, y aún nos quedaríamos sin las demás composiciones eucarísticas de Verdaguer dispersas en otros libros (18 hemos contado en el *Roser de tot l'any*)! Pero, sea como sea, ¡abramos por fin las *Eucarístiques*!

El Rey oculto en las Formas milagrosas del Santo Misterio de Pezillà sale en otra magnífica Custodia a recibir el homenaje anual de una gran ciudad. Y una verdadera y maravillosa *Custodia poética* describe y canta con majestad insuperable esta espléndida jornada litúrgica y popular. Es la *Processó de Corpus*, la pieza mayor de todo el libro, verdadera procesión de veinticinco estrofas magníficas, redondas, alborzadas, fulgurantes. Está inspirada, sin decirlo, en la grandiosa y tradicional del Corpus barcelonés. Es la vela triunfal más solemne, rotunda y henchida de vida y de movimiento que se haya escrito jamás en homenaje a Jesús Eucaristía. Oda que empieza cantando el gozo popular del *Corpus Christi*, “la fiesta de las fiestas, cuando por los colados amarillea la retama o hiniesta. Entra la vendedora de esta dorada flor, con plateadas manos, “*Endoyna, ginesaire, la de les mans d'argent!*” e invítala el Poeta, a esparcir por la ciudad el oro que se deja hoy robar los montes.

¿Què esperan cels y terra? ¿Què espera la natura,
que's mostra avuy ab tota sa gala y hermosura?
Les criatures totes esperen a son Déu,
que va a dexar son trono reyal del Tabernacle,
y en l'eucarístic, talem, hont lo reté un miracle,
vé a veure'l poble séu.

¡Ah!, cuando la custodia se acerca, después de anotada con brío la múltiple alegría de la ciudad y los campos, ¡qué ovación de los hombres y las cosas, reconociendo a su Señor! “*Es El, es El*”. ¡Miradle, sol en medio de estrellas, entre blandones y cirios, entre brillantes y maravillas, rodeado de niebla olorosa! La gloria le circunda como rosada aurora, y el ostensorio espléndido es la real carroza del Rey del Universo. Y aquí el poema triunfal remóntase a los cielos, y adquiere formidables y majestuosas resonancias bíblicas. “¿Quién es éste que al acercarse me llena de terror?”, dice la

(1) La diócesis de Lleja fué el hogar de la Beata Juliana de Mont Cornillon, y del Papa de la Eucaristía Urbano IV.

Tierra. Y los astros y los continentes contestan al Océano: “¡Es el Señor! Es el Señor que persigue como rebaños de ovejas los leones del desierto, por el cielo las estrellas, y los siglos por las vías de su eternidad”. Y el vate sagrado profiere laudes tremendas con la voz poderosa de los profetas de Israel: “Es el Señor que toca las montañas y éstas humean, a cuya vista el mar se hace atrás y retroceden los ríos como un mancebo azorado”. “Los rius enrerar’s giran com un minyó esglayat”. Y en el apoteosis deslumbrador que resuelve el himno, adoran hombres y ángeles al verdadero Sol del universo, que al tomar el imperio de todas las almas, dice: “Yo soy la luz del mundo”.

A este arco triunfal formado por rimeros escogidos de palabras humanas inflamadas, saludando el paso del Rey eucarístico por nuestras calles, sucede un delicadísimo soliloquio, tiernísimo suspiro de la convalecencia espiritual del poeta. *Anyorança* se titula, glosa de una canción infantil catalana. “Jo’l vey a ben aprop,—lo sol de l’Eucaristia;—ho vey a des del altar—des del altar de Maria”. Vinieron días de invierno, y una nube se lo ocultaba. “Vingueren dies d’hivern—y un nuvolet me’l prenía. Nuvolet, bon nuvolet—sens Jesús ¿jo què faria?—Oh, Jesús, amor de l’ànima mia!” Y el estribillo popular responde, como nuestras madres meciendo las cunas. “Veni, sol, solet, de la Eucaristia;—veni, sol, solet, que’m moro de fret!”

Esta es una de las canciones predilectas que en nuestras iglesias suelen acompañar las comuniones generales. No hay letra ni armonía que mejor cuadre con tan sublime acto que las melodías eucarísticas verdaguerianas, cantadas por voces virginales o infantiles. Otra de ellas le sigue en el libro: “*Quan vens de combregar*”. Cuando vuelves de comulgar, traes de la fuente sagrada un vaso de agua melada. “un vas d’aygua emmelada”. En este licor purísimo se te ha dado el Altísimo. Ah, amonesta la vigilante canción; no dejes que se vierta y le pierdas. “*Quan vens de combregar—nol dexes pas vessar!*” Otra de esta deliciosa clase también nos parece suavemente autobiográfica. “*Un vol de colomets—voltava el campanar—un vol d’ànimes pures voltava vostre altar. Una ventada forta, a mi me’n va aïnyar*”. Pero, oh, dicha, la ventolera ha sido apaciguada, y el poeta, paloma divina, podrá volver a su celeste trigo. “*Blat de l’Eucaristia—jo’t tornaré a picar!*” ¡Benditas y providenciales tribulaciones del poeta, que a tan exquisitos, y edificantes retornos y consuelos han conducido!

Llegados al límite de nuestro espacio hemos de cerrar el libro, cerrando ¡ay! los ojos a los deslumbradores rayos de tantísimos brillantes como contiene el estuche. No miremos la “*Benvinguda*”, “*com passarell solitari,—perque Jesús s’amaga*”, el celeste “*Rehims y espigues*”, que con dulcísima música de Nicolau forma el núcleo del poema coral “*Divendres Sant*”, “*La comunió diària*”, la “*Comunió del Cel*”,

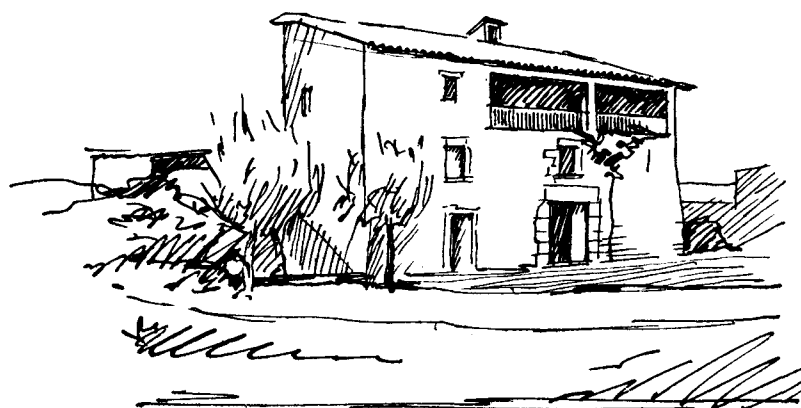
la “*Missa de Sant Joan*”, “*Ell es ab mi*”, los romances de los milagros eucarísticos “*Dels pexets*”, (los peces de Alboraya) “*de la flor*” (de Ettiswyll) de “*Lo Crucifix y el calzer*” (Ratisbona). No miremos a las grandes lecciones poético-teológicas “*L’empelt*”, “*¿Què es la Comunió?*”, “*Fruyt de la Comunió*”. No miremos la grandiosa narración histórica “*La custodia de la Séu de Barcelona*”, no miremos “*La Vigilia de Corpus*”. No miremos, porque el hechizo divino de estos rayos de purísima luz nos dejaría inmóviles y no nos permitiría acabar nuestra tarea.

Pero miremos, sí un momento, al despedirnos, la *Nit de Corpus*, para llevarnos en el alma, la visión que excede en imaginación, y si me fuese permitida la palabra, en *telescopía* espiritual a todo lo que se haya escrito en la esfera de las sobrenaturales bellezas del misterio inefable de la Divina Eucaristía. En la *noche del Corpus* los ángeles regresan al cielo después de haber seguido, en cortejo invisible, todas las procesiones de la tierra. Desde el Empíreo contemplan, inefable panorama, las Hostias regresadas a los sagrarios, resplandecientes en la noche, en toda la superficie de los países católicos, de los países donde la Eucaristía es venerada. Es un mapa de estrellas en la tierra. Las miríficas constelaciones, que son las Hostias consagradas, relucientes, son como el Firmamento descendido sobre el mundo. ¡Oh cuán hermosa visión! Las santas Hostias que dejaron rastro de luz purísima por las floridas calles son ahora estrellas fijas reposando en el sagrario. Pero las puertas son transparentes a los ojos angélicos. Y cada Forma es un astro que irradia claridad en su contorno:

*Les viles y ciutats ne resplandixen
y una ab altra aureola s’entrelliga,
y una estrella se dobla ab altra estrella,
y ab mil y mil en los aurífichs globos
que son paneres místiques dels Angels.
Quiscuna d’exes Hosties,
com eix sol que’ns escalfa e illumina,
es rey d’altre sistema planetari,
hon brillan altres Hiades y Pleyades,
escampa rius de vida
que ací y allà fan nàxer
de la virtut los lliris y les roses,*

Réplica grandiosa de la *Nit de Juny*, esta *Nit de Corpus*, la supera en cuanto las estrellas del primer himno son en esta última y genial visión, (de Genio celestial) imágenes directas, y creo inéditas, de la multiplicación eucarística, del reparto providencial y triunfante, del Pan del Cielo sobre la superficie de la Tierra. Saludemos en Verdager el poeta angélico de las maravillas de la Sagrada Eucaristía.

Ramón Rucabado



MAS TONA A RIUDEPERES

Verdaguer, poeta de la raza

A poco de la aparición del magno poema "La Atlántida", D. Manuel de la Revilla desde las páginas de la revista madrileña "El Liceo", se permitió hacer algunos comentarios acerca del valor y la oportunidad de la nueva obra, un poco de crítica que trascendía, como veremos, el puro ámbito del poema y de la poesía para invadir otros campos de carácter más bien ideológico-político.

El señor de la Revilla era un *intelectual* muy siglo XIX, muy *ateneísta*... Profundamente orgulloso del don de las *lucres* que derramaban por primera vez en la historia sus cegadores rayos, sólo creía en la destrucción del *oscurantismo* a los conjuros mágicos de la trompeta de la libertad. Si el señor de la Revilla, nos permitimos añadir, hubiese sobrevivido a su propia época, creemos que su disco habría cambiado algún poco y que sus *ideas* estarían tintadas hoy por una dosis mayor de escepticismo, aunque siguiera proclamando en alta voz, y algunas veces con cierto calor, su única fe: no en trompetas libertadoras ni en Constituciones redentoras, desde luego, pero sí en "derechos nativos" y en libertades más al orden del día.

Consecuente, pues, con aquellas sus ideas, sostenía en su artículo la tesis de que la epopeya no era ya propia del siglo XIX, porque "*lo maravilloso se había hecho imposible*", porque *lo objetivo* de la epopeya había dejado su lugar a *lo subjetivo* más propio de la novela, la leyenda y el drama; porque, en una palabra, "las teorías liberales y las tendencias democráticas de nuestro tiempo no permitirían la entrada en acción de un *héroe*, pues ello representaría algo así como una *contradicción social*, ya que el héroe, en cuanto a tal, estaría por encima de la soberanía popular y de la opinión pública, que son las verdaderas potencias..."

Con esto, tras de advertir algunos aciertos, según el crítico, de "La Atlántida", negaba doctoralmente su valor en cuanto a poema épico y en cuanto a su alcance social como obra artística.

Voces autorizadas se alzaron en contra de sus aseveraciones y en vindicación de nuestro poeta y, sin embargo, no pusieron de relieve la verdadera y acertada intuición que, en medio de sus errores, brillaba en las palabras del articulista: la declaración de que existe una irreconciliable enemiga entre *el liberalismo*, preocupado excesivamente con lo terreno, con lo secundario, con lo que se pesa, se mide y se cuenta, con lo puramente económico del bienestar material, y *lo grande, lo heroico, lo trascendente de los valores espirituales*.

Si hubiesen penetrado este aspecto habrían podido leer entre líneas, otras muchas negaciones formuladas a modo de amargas preguntas: ¿Porqué un sacerdote se había permitido poner lo maravilloso pagano —*único posible*, según el señor de la Revilla— al servicio del providencialismo cristiano? ¿Porqué bebía nuestro poeta de las fuentes de Platón, Séneca y los clásicos para cristianizarlas poniéndolo todo al servicio de la profunda idea, que ya el Padre Eusebio de Nieremberg había referido a la catástrofe de la Atlántida, de que Dios azota a la humanidad y a los pueblos, cuando éstos se han hecho culpables? ¿Porqué se permitía recordar a una España que poco tiempo después había de pronunciar la desoladora frase de "piérdanse las colonias y sálvense las instituciones" una gesta suya gloriosa, dándole por marco colosal el hundimiento de un continente y significándole que, al elegirla a ella la Providencia para reparar en parte esta catástrofe, premiaba sus virtudes y su lucha secular?

Era la "*oportunidad*" del poema lo que dolía al articulista y es comprensible que una concepción de tamaña osadía como la de nuestro poeta Verdaguer, le doliera en lo íntimo del alma y arrancara de su boca expresiones sarcásticas: la comprensión del poema chocaba con *sus ideas*, ello es evidente, y amenazaba con subvertir "su orden" y "su ilustración".

Bien es cierto que hombres de penetración genial, como Chateaubriand, habían afirmado que en los tiempos modernos sólo dos asuntos, las Cruzadas y el descubrimiento del Nuevo Mundo, merecían los honores de la epopeya, y también lo

es que Edgardo Quinet sostuvo que "no cabe duda de que la epopeya debe estar llena de Dios; que no se ha de poder dar un paso en ella sin sentir la presencia celeste...; que los hechos deben sucederse como en la mente divina, siendo ésta como el lugar de los acontecimientos, y tal ley la primordial y única de lo maravilloso moderno"; pero no lo es menos que ahí se hallaba lo inaceptable para el pensamiento del liberalísimo autor de la crítica, que hacia el fin de su artículo se permitía indicar en forma interrogativa por dónde debía encauzarse la inspiración de los poetas, diciendo: "¿Porqué, por ejemplo, el poeta del siglo XIX no consagrara los brillantes colores de su imaginación a desarrollar el cuadro grandioso de la creación tal como la comprende y la explica la ciencia moderna; la materia cósmica primitiva dando origen a las nebulosas, y estas engendrando a su vez los sistemas planetarios; la vida apareciendo por sorprendente evolución sobre la superficie de los mundos, ascendiendo progresivamente desde la mónera al hombre; las edades geológicas desarrollándose en las edades de los siglos; la inteligencia surgiendo del oscuro fondo de la vida como flor preciada de la creación? ¿He ahí temas y cuadros sobre los que la inspiración de un poeta de *nuestra época* podría ejercitarse con éxito y provecho...!"

Situados ahora, en lo histórico, más allá de su campo de visión, comprendemos dónde estaba su acierto y dónde sus errores. Con las razones que nos ha otorgado una época tan pródiga en experiencias de toda clase, nosotros podríamos contestarle al señor de la Revilla que son sus conceptos los imposibles de realizar, que la grandeza, lo heroico, lo maravilloso, existen; y que el intento de crear la poesía que él propugnaba, ha resultado lamentablemente fútil. ¡Tan lamentable, que en el camino de la negación se ha llegado al campo de las más absurdas extravagancias!

Que él no supiera o no pudiera descubrir allí donde el poeta de la Atlántida las había hallado, las joyas más puras de auténtica poesía, lo creeríamos debido a que, falto de la luz de la fe cristiana y de la fe en la patria, no concibió el sentido de la epopeya que Mosén Jacinto Verdaguer desplegaba con magnificencia ante sus ojos, brotada de una potencia poética excepcionalmente maravillosa.

Tal vez si él hubiese podido abstraerse de sus prejuicios, repasando "La Atlántida" con menos subjetivismo y colocándose en la posición de su autor, que es la que debiera adoptar como crítico, pudiera haber comprendido que su "Nuptuno, Hércules, Jehová, y Cía." achacados al poema, no eran tal extravagante sociedad como él se figuraba, pues ni el primero tenía cabida en aquél más que con un fin accesorio y meramente ornamental, ni el segundo era más que un símbolo con que el poeta pretendía enaltecer las verdaderas cualidades humanas que son propias de la raza: su fortaleza cristiana, a cuya negación conducían las teorías del señor de la Revilla, y su temple heroico, al que desde luego, debía negarse también, desde aquel punto de vista, todo valor.

Si él se hubiese colocado, decimos, en este ángulo de visión, habría comprendido un aspecto bien diferente del que creyó percibir.

Lo cierto es, que "La Atlántida" ha ganado para el lector de hoy en profundidad y sentido y que éste puede comprender con mucha mayor fuerza las intuiciones del poeta, cuando, como desde el primer canto, al descubrir a Iberia, como único superviviente del cataclismo, se desboca en aquellas cataratas de poesía:

"Mes una nit bramaren la mar y el tró; de trémol
com fulla en mans de Bòreas l'Europa trontollà
i despertada a punta de dia al terratrèmol,
d'esglay cruixint-li els òssos, no veia el mon germà. (1)

(1) Pero una noche alzándose bramando mar y cielo,
cual hoja expuesta al Bóreas, Europa trepidó;
y al alba despertándose, buscó en su amante anhelo
al mundo hermano, y llena de espanto no le vió.

"Y á tú ¿qui't salva, oh niu de les nacions iberes
quan l'arbre d'on penjavas al mar fou sumergit?
¿qui't serva, jove Espanya, quan lo navili hont eras
com góndola amarrada, s'enfonza mig partit? (2)

Si el crítico se hubiese colocado en este punto de vista,
se habría hecho patente para él la magnificencia épica de
aquella invocación:

"¡ Senyor de les venjances, donáu alè á mon càntic
y diré el colp terrible que, rebatent-la a fons,
feu desbotar als amplex Mediterrà y Atlàntic
per desunir los mons! (3)

Y habría comprendido el por qué con intenso amor patrio,
de verdadero patriotismo cristiano, se refiriera al supuesto
fundador de nuestra raza, describiéndole como quien:

"Doná lleis a sa prole y ensenyaments pexquéli
salvats al sí de l'Arca del naufragi major;
lo nom d'un Deu Altíssim en l'ànima esgriguéli
naixentes endreçanthi les ales del seu cor. (4)

Con un genial arranque, coloca, pues, Verdaguer, las raíces
cristianas de España en esas alturas legendarias, y re-
cogiendo la maravillosa tradición del "dios ignoto", subraya
aún este punto enlazándolo con la fama de Alcides fundador
de pueblos, a quien, mientras ponía las bases de una ciudad
mediterránea:

Diuen que allà, un cap-vespre de vent i de tempesta,
sentí la veu que en Calpe l'omplí de sant terror; (5)

para descorrer plenamente el velo cristiano de toda la epopeya
al conjuro de las palabras que le dirige Jehová:

Jo so —diu-li— qui et duia pel braç com infant tendre,
á esquarterar i rompre l'occidental Babel;
Jo so qui ab la guspira del llamp la vaig encendre
quan alçá, fent dels núvols escala, guerra al cel. (6)

Ante lo que Alcides, jura que el Dios de Túbal será el
de sus nietos, y le erige un templo, que:

Quan del cel l'olivera florí en lo Calvari
de genollons en terra caigué davant son Deu,
qui per altar volí la terra, y per sagrari,
dítxosa patria meva, volí lo cor teu. (7)

Es en ello, en esta preferencia y fidelidad recíprocas en-
tre Dios y España, en lo que pone Verdaguer las motivacio-
nes del designio providencial que reservaba a España, sal-
vada del cataclismo, para la empresa cristianizadora del Nue-
vo Mundo:

"Y'ls 'vuy malavinguts fragments en que's partesca,
units pels nets d'Hesperis me tornarán a amar,

- (2) Y a ti ¿quién salva? ¡oh nido de la nación ibera!
cuando la mar el árbol, de do pendías, cubrió,
cuando el bajel do estabas cual góndola ligera
sujeta, en dos pedazos abierto, se anegó.
- (3) ¡Señor de las venganzas! aliento da a mi cántico,
diré el terrible golpe que la estrelló en el mar,
e hizo al Mediterráneo y al anchuroso Atlántico
por desunir los mundos, hirvientes rebosar.
- (4) Da leyes a su prole, la nutre en la doctrina
salvada del diluvio por el linaje fiel
graba en su pecho el nombre de Dios, y así
del corazón las alas nacientes encamina hacia El.
- (5) Cuentan que al declinar de una sombría
tarde tempestuosa, oyó el acento
que sublime terror causó un día.
- (6) Yo soy quien te llevaba—del brazo como infante;
yo soy quien te guiaba—cual maza fulminante
contra la reina impúdica—la occidental Babel.
Yo soy quien la encendiera—del rayo con la lumbre
cuando intentó altanera—trepar la muchedumbre,
de nube en nube alzándose—del cielo hasta el dintel.
- (7) Cuando el celeste olivo dió flor en el Calvario,
de hinojos aquel templo ante su Dios cayó;
que por altar quería la tierra, y por sagrario
tu corazón, oh patria dulcísima, eligió.

com un parell de braus que'l bover desjunyesca
per, al ser vells, poderlos millor aparellar. (8)

Y, entre el clamor más horrendo del cataclismo de la tierra
de los Atlantes, resuena la voz de esta elección:

Espanya, pel chor d'àngels cridada, s'esparpella
i veu que es lliga un pèlach ignot á son cos nu.
—Qui relleva en ton cel l'estel caygut?—diu ella,
i, als braços estrenyent-la, joyós responli: —Tu. (9)

Es esta providencial elección la que justifica su salvación
en medio del castigo. La empresa más que humana está re-
servada para los hijos de Alcides y Hesperis, a quien el hé-
roe griego, para alejarla de la tierra castigada, intenta sedu-
cir con la perspectiva de la maravillosa naturaleza de Iberia:

Als camps hon te esperan les vèrgens d'Iberia
la terra es més verda, lo cel es més blau;
tu pots trasplantarhi les roses d'Hesperia.
y jo de Beocia
ab l'art de la guerra los jochs de la pau. (10)

Çuya idea volverá a recoger, cuando, hacia el fin del poe-
ma nos vuelva a hablar del legado de Hesperis y Alcides:

A sos fills y niçaga dexans la dolça lira;
lo grec degué afegirhi vibrantes cordes d'or;
puix que canta les guerres y quan d'amor sospira
desvetlla encara 'ls somnis ò tempestats del cor. (11)

Los hijos de Iberia, los descendientes de Alcides:

Així com los plançons se semblen al vell roure
al domador de monstres retiran los fills seus;
es fama que la terra llurs nets faràn somoure,
com góndola al posahi son timoner los peus. (12)

Si tantas mercedes han recibido de Dios, deben ser fieles
a su destino, y de esta manera se consumará el designio de
tanto tiempo preconcebido; ello constituye la visión final del
poema, cuando el fraile protector de Colon:

Veu morgonar ab l'espanyol imperi
l'arbre sant de la Creu á altre hemisferi
y'l mon a la seva ombra rellorir;... (13)

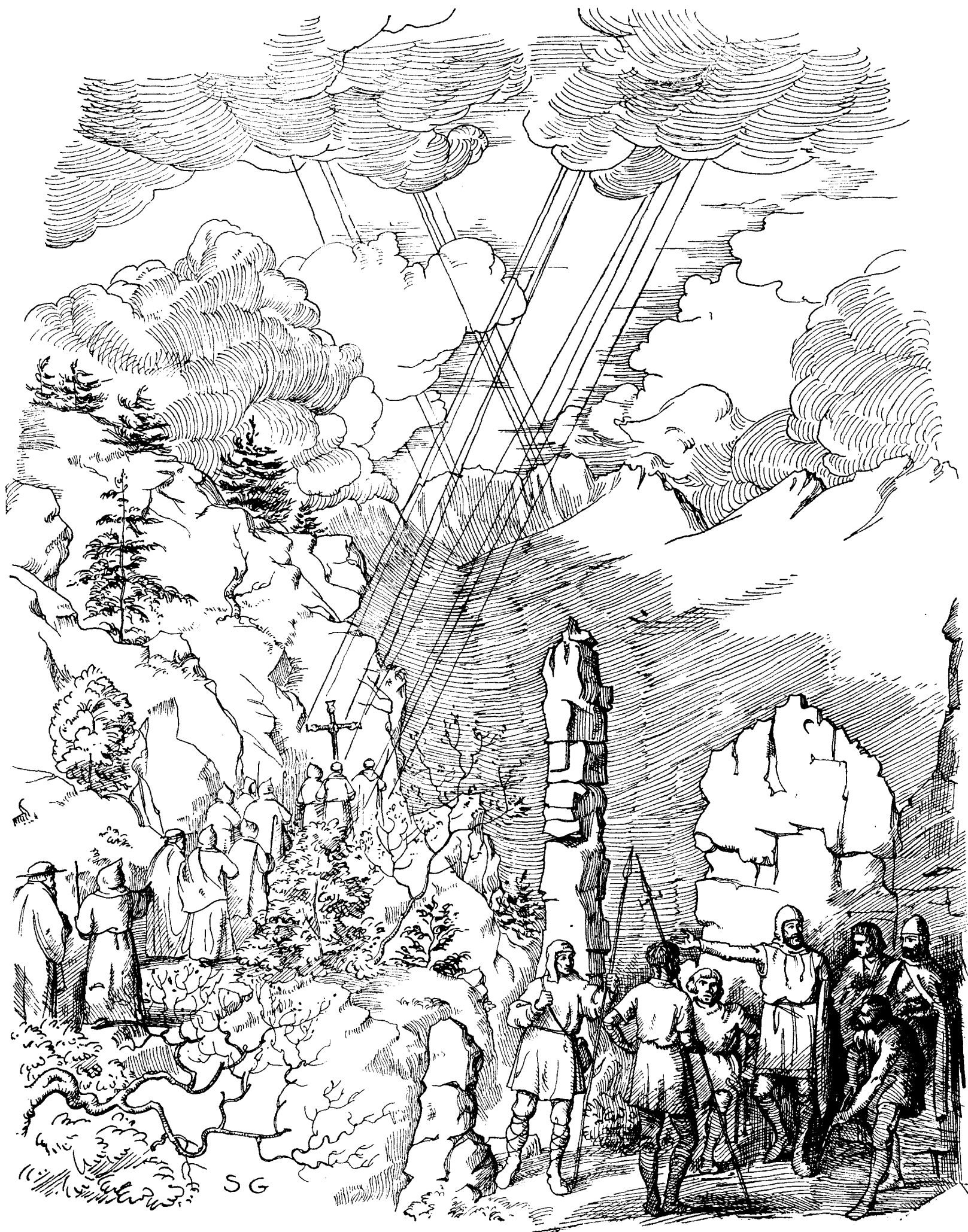
Esa es la grandiosidad del poema vertido todo él hacia la
heroica empresa cristiana de la evangelización de América,
gesta inmortal de nuestra raza.

¿Pudo admitir o comprender alguna de estas grandezas
D. Manuel de la Revilla? Formúlese el lector la respuesta
para sí y tenemos la convicción de que llegará a la misma
conclusión a que hemos llegado nosotros: la de que no quiso
admitirla.

Tomás Lamarca

- (8) Y sus fragmentos, hoy mal avenidos,
por los hijos de Hesperia luego unidos
no tornarán a amar, como desunee
indómitos novillos el boyero
y a la vejez con yugo más ligero
su ya dócil cerviz al yugo unce.
- (9) Llamada por los ángeles, despierta España y siente
que a sus desnudos bordes se enlaza ignoto mar:
¿Quién al astro sucede? pregunta, y tiernamente
la abrazan y —¡Tu!— dicen risueños a la par.
- (10) Allí do te aguardan doncellas iberas
y más azul cielo, más verdes praderas,
plantar puedes rosas de Hesperia feraz;
y yo de Beocia las artes guerreras,
los juegos alegres de tiempos de paz.
- (11) Ella legó a su raza la armoniosa lira
do el griego añadió cuerda de varia vibración;
pues cuando canta guerras, cuando de amor suspira,
ya evoca tempestades, ya aduerme al corazón.
- (12) Así, cuando los retoños salen al viejo roble
del domador de monstruos su prole es copia fiel.
Diz que oscilar al mundo hará su raza noble
cual góndola al montarse sobre ella un timonel.
- (13) Ve alzarse al lado del hispano Imperio
la santa Cruz en un nuevo hemisferio
y al orbe hermosas flores producir...

La traducción en verso castellano de estos fragmentos, como la de
todo el poema, es debida al escritor granadino D. Francisco Díaz Carmona
y se publicó en Madrid en 1884.



SUBIDA AL CANIGÓ

MOSSEN CINTO

Un suave declive presta especial serenidad a las tierras de la «Plana de Vich» que se extienden entre la levítica ciudad y la cadena de acantilados que limita las selváticas Guillerías. Desde las laderas del Montseny altivo, hasta los desfiladeros donde el Ter profundiza su cauce, una serie de aldeas presiden la paz de la campiña. A su alrededor una constelación de ermitas y de capillas – Sant Francesch s'hi moria –, testimonian cuánto aquellas tierras son cristianas. Estamos en el mismo corazón de Cataluña. ♦ Entre aquellas se halla Folgarolas. Allí, hace un siglo, nació el más alto de los poetas catalanes, y, también, el que más altamente cantara, transido de Hispanidad, el Descubrimiento de América y la gloria de Isabel de Castilla, «la reina de les reines que hi ha hagut». ♦ Fueron sus padres, sencillos y cristianos, el cantero José Verdaguer y Josefa Santaló, la que inició en la poesía en sus más tiernos años, al futuro Vate. ♦ En un manso de Tona, alternando con las faenas del campo, concibió sus primeros versos, entre ellos, nada menos que el esbozo de la «Atlántida». Obtuvo sus primeros premios en 1865, en los Juegos Florales de Barcelona, acudiendo a recibir el trofeo, sencillamente, con su ordinario atuendo de «payés». Renovó sus lauros en 1866. ♦ En 1867 actúa en la «Font del Desmai», en la Plana, en la inauguración del «Esbart» de Vich. Por aquel entonces trabó amistad con el inmortal autor de «Mireio». Entre tanto había emprendido la carrera sacerdotal. ♦ Fué ordenado en 24 de septiembre de 1870 en Vich, siendo destinado como coadjutor en Viñolas, hasta 1873, en medio de los disturbios de la guerra civil: aún se conservaba allí ha poco un laurel plantado por el sacerdote que dejó recuerdo grato por sus virtudes. ♦ Trasladado a Barcelona obtuvo, por motivos de salud, el cargo de capellán, durante dos años, en los vapores de la «Transatlántica», en cuyos viajes la grandeza del Océano le inspiró, definitivamente, la «Atlántida», premiada en los Juegos Florales de 1877. ♦ El éxito del gran Poema fué definitivo, llegando, con motivo de la gran Peregrinación a Roma, en 1878, a ser presentado a León XIII. ♦ En 1879 publicó sus «Idilis y Cants Mistichs», fuente inagotable para la mística catalana, cuyas estrofas han sido frecuentemente musicadas. Hacia 1880, con motivo del Milenario, entre otras inspiradísimas poesías, compuso el inmortal «Virolay» a la Virgen de Montserrat que sintetiza los más delicados y exquisitos sentimientos del alma catalana ante su Madre. ♦ En 1881, sin cejar en su producción, inmensa y compleja, salen a luz más de cincuenta cánticos: sus «Cantichs». Son más de mil doscientas las poesías de Verdaguer que se han musicado. ♦ En este mismo año da a conocer dos de sus composiciones más profundas: «La palmera de Junqueras» y el «Somn de Sant Joan». ♦ En 1883 se premia su «Oda a Barcelona» de la que el Ayuntamiento editó 100.000 ejemplares. ♦ Pronto su fama traspasó las fronteras, siendo especialmente reconocida, dados los naturales vínculos de lengua, en el Rosellón. Y en esta época el Poeta escala frecuentemente los Pirineos, inspirándose en sus bellezas. ♦ Por fin, en 1886, su reputación llegó a la cumbre al dar cima a su obra colosal: el Poema «Canigó», cuya resonancia aquende y allende el Pirineo fué extraordinaria. ♦ Los Marqueses de Comillas concedieron al virtuoso sacerdote e inspiradísimo Vate una protección que les honró. Acompañando a don Eusebio Güell realizó viajes por toda Europa. ♦ Con motivo de la consagración del Monasterio de Ripoll, restaurado, fué coronado por el Obispo Morgades. ♦ En 1886 pasó a Tierra Santa. ♦ Desde entonces Verdaguer se consagró a su vida sacerdotal y apostólica. ♦ Hasta 1896 permanece bastante alejado de la vida literaria. ♦ A partir de este año volvió a ella publicando, aún, composiciones tales como «Flors del Calvari» y «Santa Eularia». ♦ En marzo de 1902 enfermó, y el 17 de mayo fué trasladado a Villa Joana, en medio de los bosques de Vallvidrera. ♦ La paz de los pinares le volvió a aquella Naturaleza que, como obra de Dios, tanto había cantado. Y no es menester elevarse mucho dentro de aquéllos para adivinar la proximidad de la Condal Ciudad, cuya gloria manifestara, y para otear, en lontananza, la bendita Montaña de Montserrat, estuche de sus amores. Y fueron estos mismos pinares los que asistieron la agonía del Poeta. ♦ Este entregó su alma pura al Señor a las cinco de la tarde del 10 de junio de aquel año. «¡Jesús, Jesús, ampareume!» fueron las últimas palabras del gran místico catalán del siglo XIX.



MOSÉN JACINTO VERDAGUER

LIBERALISMO Y LIBERTAD

Pero hay muchos imitadores de Lucifer, cuyo es aquel nefando grito: «No serviré» que con nombre de libertad defienden una licencia absurda. Tales son los partidarios de ese sistema tan extendido y poderoso, que tomando nombre de la libertad, quieren ser llamados «Liberales».

En realidad, lo que en filosofía pretenden los «naturalistas» o «racionalistas», esto mismo pretenden en la moral y en la política los fautores del «Liberalismo», los cuales no hacen sino aplicar a las costumbres y acciones de la vida los principios sentados por los partidarios del «naturalismo».Así también los sectarios del «Liberalismo», de quienes hablamos, pretenden que en el ejercicio de la vida ninguna potestad divina hay a que obedecer, sino que cada uno es ley para sí, de donde nace esa moral que llaman «independiente», que, apartando a la voluntad, bajo pretexto de libertad, de la observancia de los preceptos divinos, suele conceder al hombre una licencia sin límites.

LEÓN XIII - *Enc. Libertas*

CANIGÓ

EL TRIUNFO DE LA CRUZ SOBRE EL PAGANISMO

«...La idea de presentar la Civilización cristiana coronando los Pirineos con la Cruz y disipando las supersticiones paganas que reinaban en estos Valles me parece feliz y poética...

Le felicito de todo corazón por esta obra tan bella, tan audaz y tan grandiosa, y felicito por ella a Cataluña y a la literatura española...

(Fragmentos de la carta de MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. Madrid, 25 enero 1876)

Menéndez Pelayo, con su autoridad, testimonia y señala en estas líneas cual es la idea que debe considerarse como auténtica inspiratriz de la epopeya verdagueriana.

El triunfo de la Cruz. He aquí lo que constituye su objetivo, su verdadera "causa final". El triunfo pirenaico de la Cruz. El triunfo de la Cruz en Cataluña, en los albores de la Reconquista.

Como este triunfo, en toda España y allende los mares, es el objetivo, la verdadera "causa final" del otro gran poema hermano: "La Atlántida".

* * *

Otra mente autorizada, la del traductor al francés de Verdaguer, Tolrá de Bordás, expresa sobre su epopeya esta reflexión profunda —en ocasión del análisis literario a que documentadamente la somete— que coincide con la del gran polígrafo castellano:

"Quel est le sujet? La lutte de l'erreur contre la vérité qui triomphe... L'idée inspiratrice, nous l'avons déjà dit, est essentiellement religieuse, ainsi que le dénouement le montre d'une manière éclatante; et c'est pour localiser son action principale que le poète a dû faire choix d'un temps et d'un lieu particuliers: le temps, c'est la dernière invasion des Maures en Roussillon; le lieu, c'est le Canigou, qui est le théâtre des principales scènes et dont il saisit l'occasion de chanter les sites magnifiques et les vieilles légendes... un but unique: le triomphe de la vérité sur l'erreur, obtenu, non point par ce patriotisme faux et factice, qui, au nom d'un prétendu progrès, agite trop souvent et bouleverse l'humanité, mais bien par ce patriotisme qui, s'inspirant du sentiment chrétien, enfante le vrai progrès, à l'ombre de la Croix de Jésus-Christ. Le dernier chant proclame et justifie ce but élevé, en donnant l'explication vraie du sujet."

No creemos pueda decirse más en tan breves líneas. He aquí la meta suprema a la que tendía el númen poético del primero de los vates catalanes, meta que daba unidad a la a veces desconcertante pero siempre ubérrima catarata de la fresca y profunda imaginación del poeta, creadora de tanta diversidad de estilos, de metros, que no hacen sino corresponder, en el Poema —cual cinta cinematográfica— a la heterogeneidad geográfica e histórica que presenta la gigante cordillera, cuya frente marca el poeta con un signo más alto que sus propios picos, con el signo de la Cruz.

* * *

Las tinieblas del Paganismo no invadieron menos esta entidad que hoy llamamos Occidente, que el resto del mundo, desde la refinada y culta Grecia, hasta la última y más degenerada tribu africana.

Hoy nos es cada día más difícil—pese a la decadencia de nuestros tiempos—tener idea de la profunda degradación del mundo antiguo, bajo este misterio espantoso que conocemos con el nombre de Idolatría, consecuencia directa y profunda del pecado original. Si nuestros primeros padres, al querer ser como Dios, lograron sólo descender al nivel de la bestia, su vencedor, en cambio, la serpiente, hasta un cierto punto, sacó de su temporal victoria el fruto apetecido, el suplantar a Dios en los homenajes de los hombres. Ella—Satanás—comportó con sus precitas huestes su falso triunfo: sus secuaces,

los inmortales maldecidos, fueron, por insania del hombre, convertidos en deidades.

En realidad la lucha del Cristianismo contra el Paganismo decadente perduró durante el primer milenio entero. Era el plan de Dios que el segundo presenciara el triunfo de la Iglesia, y tal designio presidía, sin duda ninguna, los caminos medievales. Mas la gran Apostasía del Renacimiento y de la Reforma lo impidió: tema éste que, por ser uno de los favoritos de nuestra Revista, no constituye, aquí, el objeto del presente trabajo.

Y acabamos de ver que este triunfo de la Cruz, precisamente hacia el fin de aquel Milenio, en ocasión de una de las últimas reacciones de la Morisma, es digno objetivo de la gigantesca epopeya verdagueriana.

Culmina, por tanto, el Poema, con la coronación victoriosa del signo del Cristianismo en la nevada frente del monte rosellonés, ahuyentando para siempre de sus albos palacios a las hadas, representación del Paganismo agonizante, el cual, con la Morisma citada, constituía la doble arma del infierno. Con ambos formidables elementos—la voluptuosidad y la violencia, la carne y el demonio—quería éste impedir a toda costa el avance definitivo de la Civilización de Cristo.

No es Verdaguer el único en admirar la acción de estas dos terribles armas que el Abismo esgrimiera en su desespección.

Así, Navarro Villoslada, en su insigne novela "Amaya", nos presenta los restos del Paganismo vasco decadente y sus últimas reacciones, en tanto amaga, remontando la Ribera, el enemigo violento del nombre cristiano, el Sarraceno. Desde la cima de Aralar, no santificada todavía por la presencia del Arcángel Miguel, la saga, en noche de plenilunio, señala aún a Teodosio las lejanas y blanquecinas cimas bajo cuyo seno el Irati y el Roncal tienen su fuente: "...son los floridos vergeles de Maitagarri!", exclama la hija de Aitor intentando sobreponerse a la poca fe del creyente vacilante. También, coronando los valles catalanes, en el antipoda de la cordillera grande, brillan a la luz del nocturno astro las cabeceras del Noguera y del Valira, bajo el carro alado de Flordeneu y de Gentil, oyendo el susurro de los lagos de Tristany que, uno a otro, vierten entre sí sus claras aguas:

Vessantsel d'un a l'altre amb dolç murmuri
los tres llachs de Tristany són més hermosos;
Puig d'Alba y Fontargent més blanquinosos
ab llur brial de neu que mai se fon.
Les valls d'Ordino y d'Incles són més plenes
d'armonies, de somnis y misteri
als raigs que deixa ploure l'hemisferi,
ala serena de qui cova l'món. (1)

¡Flordeneu! la reina de las hadas, he aquí la destinada por el Averno para emplear sus gracias encadenando a Gentil, el hijo de Talaferro, el héroe de la Cristiandad. El doncel ídolo y esperanza de las huestes cristianas. El simbolismo de esta Lucha no puede ser más vivo.

(1) Vertiéndose uno a otro, murmurando, los tres lagos de Tristany son más hermosos, Puig d'Alba y Fontargent más luminosos en sus nevados perpetuos. Los valles de Ordino y de Incles están llenos de armonía, de sueño y de misterio, recibiendo del cielo los rayos que proceden de la serena ala que protege al mundo.

¡Ay! ¿Merecerá Gentil el título de Parsifal del Pirineo mediterráneo? La leyenda del Santo Graal no nos es extranjera. Tan cercana es a nosotros, que alguien la ha situado, no ya en el Pirineo Aragonés, sino más próxima aún: en nuestro Montserrat. Parsifal, el héroe ingenuo, incomprendido, no fué admitido en el castillo entristecido donde dolía su Rey, Anfortas, su pecado. Kundry, instrumento de Klingsor—figura de Satán—vencedora de Anfortas, cree fácil su triunfo sobre el joven héroe. Mas toda su florida hueste no es bastante para vencerle. Emplea, al fin, ella, sus mejores encantos: éstos se estrellan, al fin, frente a la castidad personificada en Parsifal. Ante el inexplicable fracaso, recurre a las peores artes: “¿No recuerdas, pobre joven, los besos de tu madre?”. El héroe accede ingenuamente, mas su pureza recibe, en premio, la revelación de lo que significa aquel ósculo ilegítimo e impuro. Su reacción es sublime: su humildad también. Recurre al signo de la Cruz, y en el acto se derrumba todo el encantamiento del Jardín maldito. Y Parsifal es coronado Rey un Viernes Santo, y su hijo, Lohengrin, también, caballero blanco de plateada armadura, será el defensor, en su día, de la virtud y del honor.

Doblemente culpable Gentil, no solo cae en la tentación, sino que la busca: basta para ello el testimonio de su escudero señalándole, como Amagoya a Teodosio, los palacios encantados de las cumbres...

...—Lo que mirau—li diu—no són congestes, són los mantells d'armini de les fades.... (2)

Y sube a Canigó, no como subirán—llorando su muerte, pero esta vez para la vida—los monjes otro día, sino al galope alocado de un corcel demasiado lento para su impaciencia juvenil... Más tarde, ya en pleno encantamiento, será insuficiente la última llamada de su conciencia:

A un signe de la Fada, ses donzelles
ab flochs lo lligan, cintes y garlandes:
—Senyora—ell va dihent—, deixaume lliure;
doscents arquers m'esperan en la plana;
si a la lluyta no els mena ans que el sol isca,
tots doscents me diran traydó a la pàtria.

—Es lluyta més suau la que t'espera,
és lluyta de l'amor, hont l'amor guanya;
si es la cadena que't posí trenquívola,
de ferro en tinch, d'argent i d'or encara... (3)

Excúsenos aquí otra divagación que nos sugiere también otro paralelismo. Creería oírse el eco del Tasso. También él nos canta el maldito esfuerzo de la carne oponiéndose a los avances de la Fe. Armida ha logrado apartar al héroe cruzado de su deber y lo ha traído a su jardín “ove in dolce prigion Rinaldo stassi...”. El paralelismo, pues, con Verdaguer, es notable:

...In lieto aspetto il bel giardin s'aperse:
Acque stagnanti, mobili cristalli,
Fior vari e varie piante, erbe diverse,
apriche collinette, ombrose valli,
selve e spelonche in una vista offerse;...

(Gerusalemme liberata, XVI-IX)

Y el jardín de Flordeneu es aún más atrayente que el de Armida, por cuanto, y momentáneamente—último esplendor del Paganismo—los dominios del hada no se limitan al jardín de linfa y mariposa...

Los arbres, ajupits sobre les ones,
forman arcades de fullatge y ponts,
deixant caure ses flors com papallones
que a posarse devallan a ses fronts, (4)

(2) Los que allí veis, —le dice—, no son neveros; son los mantos de armiño de las hadas...

(3) Obedeciendo una señal del Hada, sus doncellas lo atan dulcemente con cintas y guirnaldas. “—Señora—, protesta en vano”: dejadme libre. Doscientos arqueros me esperan en la Vallada. Si antes del amanecer no ven a su caudillo, los doscientos me tacharán de traidor a la patria”.

—Es lucha más suave la que te espera, lucha del amor, donde el amor vence. Si te parece frágil mi cadena, otras tengo aún, de oro y plata...

(4) Los árboles, doblegándose sobre la linfa, forman arcos con sus frondas y follaje, dejando caer lluvia de pétalos, cual mariposas, que van a posarse sobre su frente (Gentil y Flordeneu).

.... sino a toda la magnificencia del Pirineo que recorren, por última vez, en carro alado de oro... aun cuando, significativamente, evitando ya las sagradas avanzadas de la Cruz: los ermitaños. “...perque Gentil no veja de S. Joan de l'Herm los hermitans”. (5)

* * *

¡La tragedia de Gentil! Este episodio, central de la obra, constituye uno de los que denuncian mejor su intención profunda.

Ya hemos efectuado un parangón entre Gentil y uno de los héroes wagnerianos. Hagámoslo con otros. ¿Es que el genio del hijo de Folgarolas no admite este cotejo con las creaciones del mago de Bayreuth?

Hay entre ellos lo que hay de común entre las rocas del Pirineo y los Alpes, y entre nuestras umbrías y la selva germánica. Mas existe entre ellos de distinto lo que media entre un genio de la Fe y un genio de este paganismo adonde ha desembocado, lógicamente, el nordismo protestante después de una evolución de cuatro siglos.

La musa de Verdaguer, su Caliope, es cristiana. La Euterpe wagneriana es pagana. ¿Quiere decirse con esto que Verdaguer sea menos apasionado de esta Natura ante la que la musa germánica adopta una posición de ilegítima adoración panteísta? Apresurémonos a afirmar que el que Verdaguer reserve su adoración para su Dios, no excluye para nada su categoría de verdadero Poeta de la Naturaleza.

Y la celebra, desde su espléndida manifestación hivernal, en la maravilla de las grutas y cascadas de la “Argentería”—pasto de inspiración de nuestro Gaudí—cabe los imponentes congestos de Collegats:

Cortinatges de tosca y brodadures,
cascades d'argent fos en l'ayre preses,
garlandes d'eura en richs calats suspeses,
d'alguna fada finestró diví,
de lliri d'aygua y de roser poncelles,
com ulls closos de vérgens que hi somnian,
tot hi es blanch, com los coloms que hi nian,
papallones gentils d'aquell jardí, (6)

...hasta la celebración luminosa y encendida del solsticio, el cual, si ha tenido recientemente en algún país de Europa un lamentable sabor pagano, se halla tradicionalmente cristianizado en nuestra Patria en el embrujo de la noche de San Juan, y en honor de aquel de quien Jesús dijera que era el mayor “inter natos mulierum”:

Del bosch de Canigó són los fallayres
que dançan, fent coetejar pels ayres
ses trenta enceses falles con trenta serps de foch;
en sardana fontàstica voltejan
y de mà a mà tirades espurnejan,
de bruixes y dimonis com estraferent un jóch. (7)

El espacio nos falta. De no ser así —y de ser más autorizada nuestra pluma—, no dejaríamos, pese a que tal digresión pudiera apartarnos de nuestro objeto, de extendernos sobre la riqueza onomatopéyica de sus estrofas, que culmina en la descripción del Pirineo y de sus rincones que el Poeta tan vivamente había “sentido” y admirado.

Y diferencia que, naturalmente, se acusa, en el elemento simbólico.

Tragedia y tragedia. La verdagueriana la constituye la muerte de Gentil. La tragedia wagneriana por excelencia, la de Sigfrido.

Si hemos de atender a ambas leyendas, bastante significativas, porque tienen una representación nacional y mítica, la primera tragedia es vergonzosa. La segunda heroica.

(5) ...Para que Gentil no vea de San Juan del Herm los ermitaños.

(6) Cortinajes de roca y de calados, cascadas de plata líquida, guirnaldas de hiedra maravillosamente suspendidas, formando el ventanal divino de las Hadas; capullos de rosas y lirios de agua, cual ojos de virgen soñadora, todo es allí blanco, como las palomas, mariposas gentiles de aquel jardín.

(7) Son los “fallaires” del bosque del Canigó. Echan por los aires, cual cohetes, sus treinta encendidas fallas como otras tantas serpientes de fuego que en fantástica sardana parodian juegos de demonios y de brujas entre relámpagos y centellas.

El héroe meridional, el hijo de Tallaferro, no ha sido capaz de resistir la tentación voluptuosa. Es un desertor, cuyo crimen castiga su tío Guifre justa y duramente. Y es que cuando el hijo de nuestras playas latinas se aparta de Dios, no cabe ya en él heroísmo alguno. Gentil encarna su raza.

En cambio, por su parte, el rubio héroe nórdico, el hijo de la Welsa, después de sus hazañas legendarias, tan sólo es infiel a su primer amor por obra y gracia del filtro traicionero: tan sólo es vencido—él, el que dominó al dragón Fafner—por la espalda. “¡¡¡ Nadie juró con más nobleza—Nadie cumplió con más honor—Nadie amó con tal pureza!!!”, grita justamente Brunhilde en su oración fúnebre sobre los gloriosos despojos del amado...

No cabe, por tanto, dudar, en ambas tragedias, en dónde reside la gloria, y en dónde el deshonor.

* * *

Y, sin embargo, ponderemos ahora el enorme abismo que media entre la coronación de ambas. La gloriosa, la de Sigfrido, fine en el más negro de los fatalismos. La triste, la de Gentil, en la más risueña de las esperanzas.

En el “weltanschauung” panteista que informa la tragedia nibelúngica, se cumple la predicción sombría de las tres Normas. La muerte de Sigfrido acarrea el ocaso de los dioses. Las aguas del Rin y el Incendio significan el Aniquilamiento final, plasmación representativa del fatal devenir histórico.

A ello conducen, en definitiva, también, los más conspicuos heroísmos, cuando éstos son puramente humanos.

Viviente simbolismo que, en definitiva, los grandes acontecimientos guerreros y políticos que este 1945 nos ha traído ponen de relieve: ¿qué otra cosa no ha sido la desaparición del colosal Sigfrido germánico tras seis años de gigantesca pugna contra un mundo coaligado?

En cambio, sobre el sepulcro de Gentil, clarea una esperanza, cuyo simbolismo, en cierto modo, podemos trasladar a la actual tragedia de la Latinidad, fracasada, no por una gloriosa derrota, sino bajo el peso de la propia decadencia, señalándole que en la vuelta a los Altares tiene una suprema Reserva y una áncora de salvación. Y es que aquél cuyas proezas quedaron inéditas, aquél cuya vergüenza le acompañó en la muerte, tuvo en su tumba lo que no amparara a Sigfrido: la sombra de la Cruz.

Y bajo este signo actúa Aquél que es Todopoderoso. El Mismo que hizo a la Virginidad tan fecunda, ha demostrado mejor aún su omnipotencia concediendo tal fecundidad a la misma muerte... como la concedió a aquella incipiente sociedad cristiana de monjes y guerreros orantes y sollozando:

...quant veuen sech, sense color ni vida,
aquell cos que's gronxava, com florida
palmera al bes suau del ventijol,
de Besalú la bella flor marcida
quant s'obria tot just als raigs del sol. (8)

Estamos en el entierro de Gentil. No resuenan en él, heroicas, las trompetas wagnerianas, mas sí la voz del Abad Oliva, con su dulce y paternal mirada, recordando, aún cuando a distancia infinita, las miradas de Jesús...

De llarch a llarch l'estenen en la fossa;
més abans d'enterrar sa testa rossa
que besades de goja han arrossat,
l'abat-bisbe mostrant-los-lo ab la croça:
—Tot—exclama—en lo món es vanitat;

hermosura, plahers, somnis de glòria,
noms que ara aprén per oblidar l'història,
les corones y ceptres, l'or y argent,
tot ho esborra una llosa mortuòria;
cap al no-res tot s'en ho porta el vent.

Més no tot l'home en lo fossar s'esbulla;
de crisàlida hi deixa la despulla
quant s'enarbora al regne de la llum;
aixís del lliris-jonchs que'l vent esfulla
al cel s'enlaiyra'l regalat perfum.

(8) ...Contemplando, sin vida ni color, aquel cuerpo que se balanceaba cual frágil palmera al beso de la brisa: la bella flor de Besalú, marchito ya al abrirse a los rayos del sol.

Allí a Gentil podrem reveure un dia;
mentres per ell lo càlzer oferia,
en l'ayre he vist passar son esperit,
mirant aquella sang que rentaria
son cor de terra pe'l dolor ferit. (9)

Y la tumba de Gentil fué el cimiento del cenobio de San Martín del Canigó.

* * *

Aun cuando no políticamente español, no hay duda de que por ello este cenobio no se halla menos ligado con la historia patria.

¿Es que existe en España algún misterio especial en sus montañas? En la diadema divina que corona su frente, Santuarios—casi siempre de María—parece advertirse algo muy hondo: su valor eminentemente simbólico, que se transmite de generación en generación, con una intensidad que quizá no alcance a explicar el feliz atavismo de una tradición que arranca de los tiempos reculados de la Reconquista de los que distamos ya casi un milenio. Es en los montes donde las Casas del Señor parecen adquirir más legítimamente, si cabe, el carácter de monumentos de la Patria.

Verdaguer, como Poeta de la montaña que es, sin embargo, nos ofrece una especial autoridad para profundizar en el respecto. ¿Qué simbolismo ve él en nuestras sierras?

¿Cómo canta, por ejemplo, la más alta de todas ellas, la Maladetta? Ante ella se desata la imponderable inspiración del genio de Folgarolas, prorrumpiendo en aquel canto colosal, miguelangélico, cuyas estrofas cumbres son, sin duda, las siguientes:

¡Quins crits més horrorosos degué llençar la terra
infantant en ses joves entranyes eixa serra!
¡qué jorns de pernabatre, qué nits de gemegar,
per traure a la llum pura del sol eixes montanyes,
del centre de sos cràters, del fons de ses entranyes,
com ones de la mar! (10)

Pues bien. De este gran genio, como sucede en todos los de su altura, precisa advertir que su obra—sus obras—son, en cierto modo, una sola, total y única. El autor de “Idilis y Cants Místichs” es el mismo que acabamos de oír ahora, y que en “La Atlàntida” nos canta la más tremenda de las catástrofes cósmicas acaecidas desde que Dios formó al hombre a su imagen y semejanza.

Y es en este último Poema, que el mismo poeta, saludando la aparición, sobre las olas en retirada, de la Nueva Hesperia—nuestra España—nos dice, en un arranque supremo, cómo y cuándo cayera aquel gran templo de Cades, que un día Tubal consagrara al Dios desconocido pero sentido, en el momento en que llegó la plenitud de los tiempos...

Quant del cel l'Olivera floria en el Calvari,
de genolls lo gran temple caygué davant son Déu,
que per altar volia la terra, i per sagrari,
dítxosa pàtria meva, volia lo cor teu.

I ans que ton Déu, oh, Espanya, t'arrancaran les serres,
que arrels hi té tan fondes com elles en lo món,
poden tos rius escorre's, venir à mar tes terres,
no l'ull, però, aclucarshi del Sol que may se pon. (11)

(9) Extienden aquel cuerpo yerto allí en la fosa, más antes de enterrar su rubia cabeza que regaron los besos de una hada, el Abad-Obispo mostrándolo con su báculo: “todo, exclama, es en el mundo vanidad”; “hermosura, placer, sueños de gloria, nombres que aprende para olvidar la historia, coronas y cetros, oro y metal, todo lo borra la losa mortuoria, todo lo lleva el viento”.

“Mas no todo lo humano se pierde en la fosa; así como la crisálida deja el despojo cuando se eleva al reino de la luz, así de los lirios que el viento despoja se eleva al cielo el perfume delicado”.

“Allí podremos volver a ver algún día a Gentil: en tanto por él ofrecía el cáliz, vi elevarse su espíritu contemplando aquella sangre que había lavado su mancha”.

(10) ¡Qué terribles gritos debió lanzar la Tierra—al generar en sus jóvenes entrañas esta Sierra!—¡qué jornadas de sufrimientos, qué noches de temblar!—para echar a la luz pura del sol estas montañas—del centro de sus cráteres, del fondo de sus montañas—como olas de la mar!

(11) Cuando del Cielo el Olivo florecía en el Calvario—de rodillas el gran Templo cayó ante su Dios—que por altar quería tu tierra, y por sagrario—dichosa Patria mía, quería tu corazón.

¡Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras! Aun cuando sus raíces sean hondas como el mundo; pueden secarse tus ríos, hundirse tus tierras, mas no podrá obscurecerse nunca el Sol que jamás se pone.

“¡Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!”. Es éste el grito, casi salvaje, que brota de la profundidad del alma española que vindica su fe, y que sólo se bate gustosa cuando se trata de la Causa de su Dios. Bien sabe el poeta de la Maladetta de lo abrupto de nuestras sierras, y por lo duro de ellas, bien puede conocer lo que costó a la tierra su parto: “qué jorns de pernabatre!, qué nits de gemegar!”.

“¡Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!”. ¡Nuestras montañas! ¿No hallamos ahora, quizá, alguna explicación al misterioso simbolismo a que antes nos hemos referido? ¿No hay algo, en esta atracción hacia nuestros riscos, de la eterna inquietud del alma española que a ningún precio quiere que se la separe de su Dios? “Y huyó Matatías con sus hijos a los montes (Macabeos II-28).” He aquí el secreto de la permanente actualidad de nuestras Montserrat y Covadongas. No es sólo el recuerdo lírico de una tradición heroica, mas ya lejana; es, en cierto modo, y pese a nuestros desfallecimientos y flaquezas, la plasmación de un instinto que no prescribe. Verdguer otra vez, sabe interpretarlo:

Lo que un segle bastí, l'altre ho aterra;
mes resta sempre'l monument de Deu,
y la tempesta, el torb, l'odi y la guerra,
al Canigó no'l tirarán a terra,
no esbrancarán per ara el Pirineu. (12)

cuando así acaba “Canigó”. “Ni la tempesta, el torb, l'odi y la guerra” derribarán el Pirineo: el monumento de Dios. Los actuales acontecimientos mundiales parecen dar especial vida a esta afirmación. Los monstruosos ejércitos mecanizados, estos colosos, no han logrado acabar con las guerrillas montañosas. Quizá algún día, justificando aquel ancestral instinto, pueda hallar la civilización cristiana española, por tercera vez, sus catacumbas cabe estos picos que aun son más altos que la arrogancia humana.

“¡Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!” “...a veces, los grandes poetas, sin darse cuenta, aciertan a dar de sí mismos, en una frase, la mejor definición de su temperamento.” (Montoliu). Algo de esto resuena aquí. En aquel grito el vate no es el que inspira, sino que es el inspirado. Por el sacerdote. Y quizá, en cierto modo, mejor por el antiguo seminarista de aquel viejo y sano plantel levítico del Vich ochocentista. Casi contemporáneo suyo es aquel otro grito que resonó tantos lustros: “Ruja el infierno.” Adrede incurrimos en el inminente peligro de que se nos aplique nota de cursilería: bien venida sea ésta. De otra parte, no se trata aquí del valor literario del ingenuo himno que desafiaba los bramidos de Satán. En pleno siglo del liberalismo trompetero, no podemos criticar demasiado a nuestros abuelos de que sirviesen, alguna vez, de la trompeta. Mas el gesto subsiste siempre el mismo. En nuestro siglo, el del liberalismo elegante y “camuflado”, bueno es, a nuestra vez, recurrir a la elegancia. Nadie nos achacará falta de ella si acudimos a lo más florido de la musa verdagueriana.

“¡Antes te arrancarán tus sierras!” No es solamente anti-sectario este grito. Esencialmente, es antiliberal. Como lo son las raíces más profundas de nuestro ser auténtico, desde que

el apóstol Santiago, Hijo del Trueno, posó su planta en las playas de la Nueva Hesperia.

* * *

La “causa final”, el objetivo del poema verdagueriano, se corona definitivamente en el Canto XII. Digamos sobre él, para terminar, unas palabras. Es difícil hallar una composición lírica igual, pese a las dificultades del asunto: el “Diálogo lírico”—como ha sido llamado—entre los monjes que toman posesión de la montaña y la ungen subiendo la Santa Cruz a su misma cima, y las hadas que se ven arrojadas de ella, destronadas de su antiguo reino. La amplia alegoría representa, como dice muy bien Tolrá, el triunfo, no sólo del espíritu sobre la materia, sino también de la historia sobre la fábula: conjugadas ambas cosas, de la verdad sobre el error.

La inspiración que ha venido alimentando este colosal Poeta, no sólo no decae, sino que llega a culminar en este Canto final y monumental. Y fluye ya aquí cual catarata cuyas aguas se atropellan. Es un conjunto de voces que el Poeta—se nos antoja—al trasladarlo al papel, debía oír auténticamente, en pleno desorden tempestuoso, simultáneas unas a otras, en forma tal que la escritura no es capaz de reproducir. Que en esto la Música supera a la Poesía, por cuanto permite la plasmación de estos paroxismos de simultaneidad de las grandes tragedias y catástrofes, que la tinta y el papel no consienten.

Este Canto ha sido llamado Diálogo. Nada más impropio. El numen de Verdguer debía recoger, no diálogos, sino imprecaciones. El coro de los monjes no se dirige a las hadas: su himno sacro es de la victoria, que resiste y vence a los elementos desencadenados por las deidades derrotadas. Las hadas no esperan a que los monjes callen: simultáneamente a sus himnos, van sus gritos, sus repetidas imprecaciones, su maldición a veces, sus adioses siempre... Tan sólo embriagando el propio espíritu en este delirio de voces, en esta desatada tempestad de sensaciones, es posible entender lo que a duras penas ha podido confiar a la escritura el vate... Y solamente es en la cima, vencedora ya la Cruz, donde nace, y esta vez para siempre, la calma. “Ave, o Cruz, spes unica”. Como la madre marca en la frente del infante que guarda en su regazo, el signo de la Cruz, así el Abad Oliva clava el signo de Redención en la cúspide más alta del Rosellón, cuna de un pueblo cuyos destinos lo harán grande. Esta es la apoteosis del monte Canigó y, al propio tiempo, de la epopeya “Canigó” de Mossén Cinto, del mayor de los Vates que las “románticas tierras de pretz y lutzor” jamás produjeran:

Gloria al Senyor: tenim ja patria amada,
que altívola es, que forta al despertar!
al Pirineu mireu-la recolzada,
son front al cel, sos peus dintre la mar.
Branda ab son puny la llança poderosa;
lo que ella guanye ho guardará la Creu;
sobre son pit té sa fillada hermosa
que'ns fa alletar ab fe y ab amor seu. (13)

Luis Creus Vidal

(13) Gloria al Señor; tenemos patria amada—¡Cuán hidalga es, cuán fuerte al despertar!—miradla apoyada en el alto Pirineo—su frente al cielo, sus plantas en el mar.

Mantiene en su mano la lanza poderosa—cuanto ésta conquiste la Cruz preservará—sobre sus pechos ostenta descendencia hermosa—que con fe y con amor por siempre guardará.

(12) Lo que un siglo fundó, otro destruye—pero queda, perdurable, el Monumento de Dios—y la tempestad, el viento, el odio y la guerra—al Pirineo no echarán jamás por tierra—no lograrán derribar al Canigó.

CANT XII

LA CREU DE CANIGÓ

CHOR DE MONJOS, SOTA LA MONTANYA

Abans que'l comte moria,
pugem, pugem al cim del Canigó,
ab lo signe sagrat de la victòria
a coronar lo front del Rosselló.

La nuvolada obscura
mortalla immensa d'un gegant difunt,
abruga ja la altura,
apagant d'una a una les estrelles;
mes nos guia la Creu més alta que
[elles;
en nom de Deu, amunt!

CHOR DE FADES DALT

Per los núvols lo tro y per les mon-
[tanyes
va rodolant com carro que s'estimba,
aprop d'ací ressonen veus estranges
mentres la nostra minva.
¿A profanar nostre palau qui puja?
¿Caldrà per ells que fuja,
bresques y ruschs dextanillos, nostre
[exám?
Cáu damunt seu, tempesta que rodeles,
¡oh núvol que braholes!
desenvèyna lo glavi de ton llamp.

CHOR DE MONJOS

Com un volcà que esclata, la tempesta
del Canigó la cima ha somoguda,
s'adreça sollevada la congesta,
del torb per Pala bategant rompuda,
que brunz com una roda
de corcers esverats per la batuda.
Esbrosta'l bosch como vinya en temps
[de poda,

grossos penyals de llur sient desbanca,
remou, caggira, arranca,
ab terratrèmol, fetes nius de furies,
pregunten les boscuries
si ab sos cimals de reu y arrels de
[marbre,
com un esqueix de l'arbre,
del Pirineu lo Canigó s'esbranca.
Però la Creu nos guia:
de nostra companyia
ni de nostres cabells no'n caurà un;
ni moures pot la fulla
sense que Deu ho vulla.
En rom de Deu, amunt!

CHOR DE GOGES

Avall los ermitans y cenobites,
com est palau no'n daura un altre'l
[sol;
si volen ferne monestirs y ermites
per darshi ab àngels cites,
per son platxeri Flordeneu se'l vol.
Mes ¡ay! com fortalesa
que escala per set bandes l'enemich,
nostra montanya es presa
al sò d'himnes monàstichs y canturies
de cent campaneries al repich.
¡Anèm anèm! nostre palau s'atterra,
trencades ses columnes de cristall,
y ¡ay! com la neu que coronà exa
[serra,
nostra gloria que's fon va riu avall!

CHOR DE MONJOS

Per entre la boyrada que s'esquexa
a Catalunya's va veyent més gran,

pujant de fexa en fexa
per les espalles d'eix turó gegant.
L'aurora lo corona
de raigs d'argent ab nivea madexa
que d'or se va tornant.
Lo bes últim li dona
l'estrella matutina,
perdentse entre l'aurifera boyrina,
com entre cabells rossos un brillant.
¡Oh! salve, Catalunya,
la fosca nit s'allunya,
la nuvolada's fon,
y com àurea corona gegantina,
lo sol se posa en ton puríssim front.

LA GOJA DE MIRMANDA

Adeu, cèltica vila de Mirmanda,
per no tornar me'n vaig,
may més veuràs les goges en garlanda
d'una banda del riu a l'altra banda
dançar pel mes de Maig.
Tes cases d'una a una hi veuràs caure
com ell veurà disminuïr son raig.
Cansades de vetllar entre ruïnes
veuràs desdir y ajaure
tes colossals alzines
que ha perdonat lo llamp,
y tos palaus, tes torres y piscines
jauràn com flors y espines
que d'exa'l temps dallades en son
[camp.

Pedreria d'exos pobles
seràs mil anys; de tes muralles dobles
se'n bastiràn castells y monestirs,
de taula serviràn tes ares nobles,
de fites tos menhirs.

CANTO XII

LA CRUZ DE CANIGÓ

Coro de monjes, bajo la montaña

Antes de que el conde muera, subamos, subamos a la cima del Canigó, con el signo sagrado de la victoria a coronar del Rosellón la frente. La cerrazón oscura de nubes, mortaja inmensa de un difunto gigante, abriga ya la altura, apagando una a una las estrellas; pero más alta que ellas nos guía la Cruz; en nombre de Dios. ¡Arriba!

Coro de hadas sobre la montaña

Por las nubes y por las montañas va rodando el trueno cual carro que se despeña. En la proximidad resuenan extrañas voces, mientras que la nuestra decrece. ¿Quién sube a profanar nuestro palacio? ¿Será preciso que por ellos huya nuestro enjambre, dejándoles panal y colmenas? Precipitate sobre ellos, tempestad que ruedas, ¡oh nube que rugas! desenvaina la espada de tu rayo.

Coro de monjes

Como un volcán que estalla, la tempestad ha conmovido la cima del Canigó; el glaciar avanza aligerado, quebrado por el ala batiente del turbión, que zumba cual una rueda de corceles asustados por la batida. Despoja de tallos tiernos el bosque como vifia en tiempo de poda, desbanca grandes peñales de su asiento, remueve, traba, arranca con terremoto; convertidos en nidos de furias, los bosques profundos preguntan si, con troncos de nieve y raíces de mármol, como del árbol un injerto, el Canigó se desgaja del Pirineo. Pero la Cruz nos guía; no caerá uno sólo de nosotros, ni de los cabellos de nuestra cabeza; ni puede moverse la hoja, sin que Dios lo permita. En el nombre de Dios ¡Arriba!

Coro de hadas montañesas

¡Abajo ermitaños y cenobitas!, como este palacio el sol no tinte de oro a ninguno; si desean hacer de él monasterios y eremitorios para aquí darse citas con los ángeles, Flordeneu lo quiere para su solaz. Mas ¡ay! cual fortaleza que escala por siete costados el enemigo, es tomada nuestra montaña al son de himnos monásticos y cantos y al repique de cien juegos de campanas. ¡Ah, vamos, vamos! Se derrumba nuestro palacio, quebradas sus columnas de cristal, y ¡ay! ¡cual la nieve que coronó esa sierra, nuestra gloria que se desvanece la arrastra consigo la corriente del río!

Coro de monjes

Por entre la nieve que se rasga, vese a Cataluña más grande, ascendiendo de haza en haza, por las espaldas del picacho gigante. La aurora lo corona con nivea madeja de rayos de plata que se va tornando de oro. Le da el último beso la estrella matutina, perdiéndose entre la neblina aurífera, cual un brillante entre rubios cabellos. ¡Oh! Salve Cataluña, la oscura noche se aleja, el nublado se desvanece, y cual áurea corona gigantesca el sol se coloca en tu frente purísima.

El hada montañesa de Mirmanda

Adiós, celtica villa de Mirmanda, me voy para no volver, y no verás ya más la guirlanda de hadas danzar en el mes de Mayo de una orilla a la otra del río.

Tus casas, una por una, verás caer como él verá disminuir su caudal. Cansadas de velar entre ruinas verás flaquear y recostarse a tus colosales encinas que ha perdonado el rayo, y tus palacios, tus torres y piscinas, yacerán como flores y espigas que el tiempo abandona una vez las ha guañado en su campo.

Cantera de esos pueblos, serás por espacio de mil años; de tu muralla doble se construirán castillos y monasterios, tus nobles aras servirán de mesas y tus menhires de hitos.

LOS MONJOS DEL MONESTIR DEL CAMP

La Provença de moros escombrada,
al peu de Canigó los rebatia
Carles lo Many un dia,
guiant la seva armada,
com al poble de Deu l'arca sagrada,
una imatge de bronzo de Maria.
La set que's beu la sanch dintre ses
[venes,
l'estoch fa caure de ses mans morenes.
Mes Carles se'n adona,
cau de genolls als peus de sa Patrona
y clava sa Joyosa en un conreu,
d'hont brolla l'aygua pura
que nou dalit los dona
per traure de l'altura
l'enemich de sa patria y de son Deu.
D'aquest prodigi en eternal memoria
fundà en lo Camp lo nostre monestir;
y la Mare de Deu de la Victoria,
estrella de sa gloria,
esser volgué l'Estrella de Tuhir.

LA GOJA DE GALAMÚS

Esfloradices valls de Fenolledes,
adeu, adeu, desert de Galamús;
també de tes arbrades,
que arrosen aygues fredes,
me trauren los dexebles de Jesús!
Adeu, los de Nohedes,
Estany Negre, Estany Blau y l'Estelat,
espills d'exes pinedes
y d'eix cel de safir immaculat!
¡Que tristos ara us miro,
tan frescos y rihents que us he dexat!

L'ERMITÀ DE GALAMÚS

Des d'ací dalt l'oviro,
placèvol ermitatge,
y ja per tu sospiro
com l'aucellet que anyora
son niu entre'l brancatge.

Los monjes del monasterio del Camp

Limpia de moros la Provença, un día Carlomagno los rechazaba al pié de Canigó. Como el arca sagrada al pueblo de Dios, una imagen de bronce de María guiaba al ejército. La sed que bebe la sangre en el interior de sus venas, hace caer el estoque de sus morenas manos. Pero Carlomagno se apercibe, cae de rodillas a los pies de su patrona y clava su «jubilosa» en un campo de labor, de donde empuje a brotar el agua pura y les da nuevo empuje para arrojar de la altura al enemigo de su patria y de su Dios. De este prodigio en eterna memoria fundó nuestro monasterio en el Campo, y Nuestra Señora de la Victoria, estrella de su gloria, quiso ser la estrella de Tuhir.

El hada rústica de Galamús

¡Valles de Fenolledas propicias a perder las flores; adiós, adiós, desierto de Galamús; también de tus arboledas, que aguas frías rocían, me sacan los discípulos de Jesús! ¡Adios, las de Nohedes, Laguna Negra, Laguna Azul y el Estrellado, espejo de esos pinares y de ese cielo de zafir immaculado! ¡Cuán tristes ahora os miro, tan frescos y risueños como os dejara!

El ermitaño de Galamús

Desde acá arriba te diviso, plácido eremitorio, y ya por ti suspiro como aveciella que siente la nostalgia de su nido entre el ramaje. Ayer en la Cueva hallé de San Antonio una divina imagen que, en signo de victoria, tiene a sus pies al demonio en figura de porquezuelo. ¡Lo bajó allí un Angel de la Gloria para que del yermo me suavizara la aspereza? ¡Mi dulce Tebaida, puerta del paraíso, en ti con la compañía de ese serafín, dulce Tebaida mía, ya moriré feliz!

El Hada de Ribas

¡Adios, Cuevas de Ribas, ya no os volveré a ver más, remediadora fuente de aguas vivas, canastilla de Flores de Nuria con fajas de verdor suspendida del cielo. Ya no oírán el resonar de mis cantos los traficantes cuando suban por el camino, y el pastorcillo que vela en los bosques no divisará por la mañana mis servilletas tendidas al sol. Ya nunca más encendidos de amor los caballeros vendrán a aquella

Ahir de Sant Antoni
trobi en la Còva una divina imatge
que, en signe de victoria,
de porcell en figura, té'l dimoni
als peus. ¿Baxàli un Angel de la Gloria
perque de l'erm l'aspresa m'endolcis?
Dolça Tebayda mia,
cancell del paradís,
en tu, d'eix serafi ab la companyia,
dolça Tebayda mia,
ja moriré feliç!

LA FADA DE RIBES

Adeu, Còves de Ribes,
ja no us veuré may més,
fontana remeyera d'aygues vives,
cistell de Flors de Nuria
ab faxes de verdor al cel sospès.
Ja'l ressó no ohrán de ma canturia
pujant los traginers per lo camí,
y'l pastoret que vetlla en la boscuria
en la ribera estesos
mos tovallons no ovirará al matí.
May més d'amor encesos
vindrán los cavallers a aquella Còva
que sols l'amor obri;
si algú mon niu retroba,
lo trobarà sens mi!
En exes valls a rellevar ma fama,
vestit de foch y flama
ja ve'l Comte l'Arnau;
boscos, soleys, masies quel cor ama,
per sempre adeussidu!

OLIVA

Si ve'l Comte l'Arnau, altres ne venen:
la creu en sa mà tenen
y l'amor de Jesús dintre del cor,
y ab aqueix foch diví la terra encenen,
fentne l'astre flammíger de l'amor.
L'esbart del cel de Monagals exia,
quan ja la marejada
de moros decrexia
y ahont nasqué Ripoll, a la besada
del Ter y del Freser,

en illa gerda eix monestir bastia,
de Catalunya baluart primer.
Fets àngels de la patria, allí guardaren
sa historia y son tresor,
son esperit naxent allí breçaren,
adormintlo ab cançons de l'antigor.

LA DE FONTARGENT

No us tornaré pas veure,
boscuries andorranes,
rius de Fontalba, estanys de Fontar-
[gent;
ni us dich ¡ay! arreveure,
mes serres catalanes,
que veig fugir, fugir cap a occident!

L'ERMITÀ DE MERITXELL

Desniessen la fada a la bona hora,
millor Reyna y senyora
en Meritxell trobaren estes valls.
Fa musica a ses plantes lo Valira,
que d'Ordino a Soldeu, armoniosa,
té la figura d'una immensa lira
de braços de crestalls.
Damunt son front lluhexen
los dotze estanys Pessons, corona her-
[mosa
que de brillants y gemmes li ofereixen
aqueixes cimes hont lo cel reposa;
corona d'Ariana esplendorosa
que, del zenit despresa,
quedà entre terra y cel aquí sospesa

LES FADES DE ROSES Y BANYOLES

Adeu, viles y platges y boscuries
d'aqueixes endreçuries.
Passà en ales dels somnis ilusoria
l'albor de nostra gloria,
com passen los metèors que'l cel faxen
ab moridora estela d'argent pur,
aixís, vora la mar, pugen y baxen
les serres de Bagur.

cueva que sólo abrió el amor; si alguien vuelve a dar con mi nido lo encontrará sin mí!

En esos valles a relevar mi fama, vestido de llama y fuego, ya viene el Conde Arnau; bosques, solanas, masías que ama el corazón, ¡adíos para siempre!

Oliva

Si viene el Conde Arnau, otros vienen también: en su mano empuñan la cruz y el amor de Jesús guardan en su corazón, y con ese fuego divino encienden la tierra para hacer de ella el astro flamígero del amor.

El escuadrón del cielo salía de Monagals, cuando ya la marejada de moros decrecía, y, do nació Ripoll, al beso del Ter y del Freser, en la isla de frescura llena, levantaba este monasterio, baluarte primero de Cataluña. Convertidos en ángeles de la patria, guardaron allí su historia y su tesoro, su espíritu naciente allí acunaron, adormeciéndolo con canciones de la antigüedad.

La de Fontargent

No os volveré a ver, no, bosques andorranos, ríos de Fontalba, estanques de Fontargent; ni os digo ¡ay! ¡hasta otro día, sierras catalanas de mi corazón, que veo huir hacia occidente!

El ermitaño de Meritxell

Deje el hada este nido en buen hora, que mejor señora y Reina hallaron esos valles de Meritxell. A sus plantas, el Valira que de Ordino a Soldeu tiene la figura de una inmensa lira, con las crestas por brazos, entona su música armoniosa. Sobre su frente lucen los doce estanques Pessons, corona hermosa de brillantes y gemas que le ofrecen estas cimas donde reposa el cielo; corona de Adriadna esplendorosa que desprendida del zénit quedó suspensa aquí entre cielo y tierra.

Las Hadas de Rosas y Banyolas

Adios, villa y playas y bosques objeto de estas endechas. Pasó en alas de sueños, ilusoria, la albura de nuestra gloria, como pasan los meteoros que cifien el cielo con muriente estela de plata pura, así, cabe la mar, suben y bajan las sierras de Bagur.

LOS MONJOS DE BANYOLES

Quan Carlemany ne deslliurà a Girona,
se vegeren exèrcits per los ayres
uns ab altres lluytar, com llenyatay-
ab llurs destrals dintre l'afrau pre-
plovía sanch per darli nou baptisme;
llampeguejà y en hòrrida tempesta
senyà una creu de foch sa ebúrnea

Los moros la revenja encomanaren
a un drach del negre abisme,
que devorava nines y infants
y, arreu, los cavallers que ab ell lluy-
ab sos cavalls, ses armes y penons.
Era feréstech, monstuós, deforme;
ab son verí l'estany enterbolia,
y de sa cua ab lo remàs enorme
a la vila ses ones rebatia.

Lo monjo Sant Emeri
dels orfanets y viudes a les veus,
dexà son asceteri
y'l monstre esgarriós caygué a sos

LOS DE SANT PERE DE RODA

Quan de Cosròes l'espasa flamejanta
cremava de Davit la ciutat santa
en son etern, inderrocable solí
tremolà la ciutat del Capitoli.
Lo papa Bonifaci, en barca ayrosa,
lo cap del Princep dels apòstols posa,
penyora que a tu't fia,
joh Catalunya, oh dolça patria mia!
L'empeny ab mà amorosa
la mar, vers hont començà'l Pirineu,
al peu del Cap, de Venus trono un dia,
que suplantà la Creu.
Los mariners a ses divines plantes
de les reliquies santes
estogen lo tresor.
Al riure l'iris de la pau hi tornen
y'l tabernacle adornen
garlandes de verdor.

Los monjes de Bañolas

Cuando Carlomagno liberó Gerona, se vieron ejércitos por los aires luchar
unos con otros, como leñadores con sus hachas en la hondonada profunda; llovía
sangre para darle nuevo bautismo, relampagueó y en hórrida tempestad una cruz
de fuego puso su signo sobre su testa ebúrnea. Los moros encargaron la revancha
a un dragón, aborto del negro abismo, que devoraba viñas y tiernos infantes, y,
sin cesar, los caballeros que con él lucharon, con sus caballos, sus armas y sus
pendones. Era feroz, monstruoso, deforme, con su veneno enturbiaba el estanque,
y con el remo enorme de su cola lanzaba hasta la villa su oleaje. El monje San
Emerio, a las súplicas de los huerfanitos y viudas, abandonó su ascetorio y el
monstruo horroroso cayó a sus pies.

Los de San Pedro de Roda

Cuando de Cósroes la espada llameante quemaba la Ciudad santa de David,
en su eterno, inderribable solio, tremoló la ciudad del Capitolio. El papa Bonifa-
cio, en barca airosa, coloca la cabeza del Principe de los Apóstoles, prenda que a
ti te fia, joh Cataluña, oh dulce patria mía! La impele con mano amorosa el mar,
hacia donde comienza el Pirineo, al pié del Cabo, de Venus trono un día, que la
Cruz suplantó. Los mariners a sus divinas plantas de las santas reliquias guardan
en un estuche aquel tesoro. Al sonreír el iris de la paz vuelven allí y adornan el
tabernáculo guirnaldas de verdor. Con su manto las hiedras lo recubren y con
zarzas y clemátides lo guarnecen un mayo del cielo que los ángeles hacen flore-
cer. Viendo que San Pedro elige el Verderario para su relicario, le alzan una ca-
pillla de donde brotó, como del capullo la flor, el monasterio de San Pedro de
Roda.

El Hada de Lanós

¡Adios, tierras cerretanas, mi paraíso un día, cuántas veces ¡ay! te recordaré,
desde que en tu Solana, vergel de mis amores, vi desflorar todos mis ensueños!

Los pabordes de Nuria y Font-Romeu

Se oye llorar a alguien, en dirección a Font-Romeu y Nuria; de las hadas es
el escuadrón que asusta nuestras suaves canciones. Cantemos, cantemos, su negra
noche declina a los rayos de nuestra aurora ¡oh estrella matutina de Nuria y Font-
Romeu! Sed vos la Reina de nuestro Pirineo.

Ab llur mantells les eures lo cobreixen
y aritjols y ridortes li guarnexen
un maig de cel que'ls àngels fan florir.
Vehent que Sant Pere escull lo Ver-

per son reliquiari,
li fan una capella,
d'hont brotà, com la flor de la pon-
de Sant Pere de Roda'l monestir.

LA GOJA DE LANÓS

Adeu, terra cerdana,
mon paradís un dia,
que n'ets ¡ay! d'anyorivola per mi,
d'ençà que en la solana,
verger de l'amor mia,
tots los meus somnis esflorar vegí!

LOS PABORDES DE NURIA Y FONT-ROMEU

Se sent algú que plora
vers Font-Romeu y Nuria,
de les aloges es l'esbart que astora
nostra suau canturia.
Cantèm, cantèm, llur fosca nit declina
als raigs de vostra aurora,
joh Estrella matutina
de Nuria y Font-Romeu!
siu vos la Regina
de nostre Pirineu.

CHOR DE GOGES

Anèmsen, Flordeneu; de fulla en fulla
vostra corona d'or se va desfent
lo vol de nostres ilusions s'esbulla
com un esbart de papallons al vent
Dexèm aqueixa cima sobirana,
y en alguna illa de la mar llunyana,
d'ahont deguerem, segles hà, sortir,
tot recordant la terra catalana
anèmsen a morir!

FLORDENEU

Fa anys, avuy mateix, en aquesta hora,
jo seya aci ab Gentil;
los besos de l'aurora
volaven per son front, com les abelles
pel front de les poncelles
que en sa brosta desclou l'alé d'Abril.
Y avuy, a aquesta cima
que guarda la petjada de son peu,
ab quant mon cor estima
tinch de donar l'adeu!
Montanyes regalades
son les de Canigó;
per mi be ho son estades,
mes ara no ho son, nó!

LES FADES PARTINT

Quan lo Novembre esfulladiç s'acosta,
s'apleguen en la costa
les aurenetes per passar la mar;
axís de tu, ma dolça Catalunya,
lo nostre vol s'allunya,
girantse sols per veure't y plorar!
Un jorn tornarán elles
ab les amors, los lliris y roselles,
los càntichs dels fadrins y les don-
¡sols a nosaltres no'ns veuràs tornar!

CHOR DE MONJOS

Ja som al cap d'amunt de la mon-
balcó del Pirineu;
se veuen des d'aci França y Espanya;
junyimles ab la creu.
(Plantantla y adorantla.)
Arbre florit del Gòlgota en la roca,
joh Creu! obriu lo cel ab vostre front,
tancáu, tancáu l'infern ab vostra soca,
y ab vostres braços rellegau lo món.

OLIVA

De l'iris bell la virolada cinta
sobre la Creu de Canigó se mostra,
corona celestial que un àngel pinta.

Coro de hadas

¡Vámonos, Flordeneu; hoja por hoja vuestra corona de oro se va destejien-
do, el vuelo de nuestras ilusiones se turba como un vuelo de mariposas al viento.
Dejemos esa cima soberana, y en alguna lejana isla del mar, de donde debimos,
hace siglos, venir, recordando la tierra de Cataluña, vayamos a morir!

Flordeneu

Hace años, hoy mismo, en esta hora, me sentaba aquí con Gentil; los besos
de la aurora volaban por su frente, como abejas por la frente de los capullos, que
abre en sus tallos el aliento de Abril.

¡Y hoy, a esta cima que guarda la pisada de su pié, con cuanto ama mi co-
razón, debo dar el adiós! Montañas regaladas son las del Canigó; para mí ¡ah! sí
lo han sido, más ¡no lo son ahora, no!

Las Hadas partiendo

Cuando el Noviembre deshojadizo se acerca, se reúnen en la costa las golon-
drinas para pasar el mar; así de ti, mi dulce Cataluña, nuestro vuelo se aleja, vol-
viéndose únicamente para verte y llorar!

Un día volverán ellas con los amores, los lirios y las amapolas, los cánticos
de los jóvenes y de las doncellas. ¡Sólo a nosotras no nos verás volver!

Coro de monjes

Estamos en lo más alto de la montaña, balcón del Pirineo; desde aquí se di-
visan Francia y España, unámoslas con la Cruz.

(Plantándola y adorándola).

Arbol florido en la roca del Gòlgota ¡Oh Cruz! Abrid el cielo con vuestra
frente, cerrad el infierno con vuestro tronco, y con vuestros brazos enlazad
al mundo.

Oliva

La cinta multicolor del bello arco-iris se muestra sobre la Cruz del Canigó,
corona celestial que pinta un ángel,

UN INFANT

*Com perles que en l'arena
dexen les ones blaves de la mar,
entre'ls núvols del cel que s'asserena
se veuen sants y vèrgens blanquejar.*

CHOR DE SANTS EN LOS NÚVOLS

*CruX fidelis inter omnes
arbor una nobilis.*

GARÍ ABAT

*De l'amor de Jesús joh dolça escola!
la que en lo claustre de Cuxà plantí!
suau perfum ne vola
millor que d'un jardí:
dels candidats mirau la blanca estola,
mirau sos cors brollant amor diví.*

CHOR DE SANTS

*Silva talem nulla profert
fronde, flore, germine.*

SANT ROMUALT Y SANT MARÍ

*Com niu de rossinyols entre englan-
[tines,
jo veig nostre ermitatge
davant lo monestir de Sant Miquel;
aparicions divines
baxaven a eix boscatge,
pujantsen nostres ànimes al cel.*

SANT URSÈOL

*Un dia, de Venècia Dux fortíssim,
a ma'esposa la mar doní anells d'or,
per vos, Jesús dolcíssim,
per vos guardava l'ànima y lo cor.
Com en ales d'un àngel de l'Altíssim,
Garí, en la companyia,
a viure en la abadia
vinguí de Sant Miquel,
y fills, muller y regne, quant tenia,
tot ho dexí per eix recó de cel.*

Un niño

*Cual perlas que en la arena, dejan las olas azules de la mar, entre las nubes
del cielo que se serena se ven blanquear santos y vírgenes.*

Coro de santos en las nubes

*CruX fidelis inter omnes
arbor una nobilis.*

Garí Abad

*Del amor de Jesús joh dulce escuela, la que planté en el claustro de Cuxà!
de él se desprende suave perfume mejor que de un jardín; de los candidatos ved
la blanca estola, mirad sus corazones rebosando amor divino.*

Coro de Santos

*Silva talem nulla profert
fronde, flore, germine.*

San Romualdo y San Marino

*Cual nido de ruiseñores entre jazmines veo a vuestro eremitorio frente al
monasterio de San Miguel; apariciones divinas bajaban a este bosque llevándose
nuestras almas al cielo.*

San Urséolo

*Un día, Dux de Venècia fortísimo, entregué anillos de oro a mi esposa la
mar; para vos, Jesús dulcísimo, para vos guardaba el alma y corazón Como en alas
de un angel del Altísimo, Garí, en tu compañía vine a vivir en la abadia de San
Miguel, e hijos, mujeres y reino, cuanto tenia, todo lo abandoné por ese rincón
de cielo. A menudo, hasta la aurora me ataba fuera un éxtasis divino; cuando la
campanilla me llamaba al coro un amanecer, la puerta estaba cerrada, yo pedía me
abriesen, nadie me oyó, nadie, sino el Señor. Que me envié a dos ángeles amo-
rosos con una escalera de oro. Dichosos joh! dichosos los que ascienden joh
Cruz! por tu florido ramaje, arbol de vida, que nos trae el fruto del cielo para su-
bir al goce inconmensurable del cielo, jeres tú la escalera!*

Coro de Santos

Flecte ramos, albor alta.

San Vicente

Véncelos dulcemente joh Cruz! hacia Colliure.

*Sovint fins a l'aurora
un éxtasis diví'm lligava fòra;
quan l'albadella me cridava al chor
un dematí, la porta era lancada;
jo demanava entrada,
ningú'm senti, ningú, sinó'l Senyor.
Ell m'envià dos àngels amorosos
ab una escala d'or.
Ditxosos joh! ditxosos
los qui pugem joh Creu! per ta florida
brancada, arbre de vida,
que'l fruyt del cel nos du;
per pujar de la Gloria al goig sens
[mida*

l'escala d'or ets tu!

CHOR DE SANTS

Flecte ramos, arbor alta.

SANT VICENS

Abaxàulos joh Creu! cap a Colliure.

SANT GUILLEM DE COMBRET

*Los pobles abrigau de Vallespir,
florit niu de repòs hont volguí viure.*

SANT NARCÍS

Guardau lo mur de l'immortal Girona.

SANTA EULARIA

Posàuvos en l'escut de Barcelona.

SANTS LLUCIÀ Y MARCIÀ

*Y sobre'l cor de nostre mare Ausona,
fentla en ciencia y en pietat florir.*

SANT DAMAS

*Y en l'Empordà, lo Rosselló y Cer-
[danya,*

*Catalunya y Espanya,
fèuhi la fè en Jesucrist reviuire,
fèu a ses plantes lo Coràn morir.
per la claror del dia*

OLIVA

*¿Sentiu? de la campana
de nostre monestir se sent lo plor,
mon cor ab ella una oració un demana
per mon germà que's mor.*

CHOR DE MONJOS

(S'agenollen.)

Profiscere anima christiana

*Del còs rompent los llaços,
surt d'aquest món, crisàlida immortal.
Rebèula como esposa en vostres bra-
[ços,
lliuràula joh Deu! del terbolí infernal,
com a Lot de l'incendi de Sodoma,
a Daniel de les urpes del lleó,
a Sant Pere y Sant Pau de les ca-
[denes
de la cruenta Roma,
a Job d'un mar de penes
y a Moysès dels corcers de Faraó.*

UN INFANT

*Dins un alba de llum serena y pura
jo'l veig enarborarse,
rejoventit y lliure:
dos justos de la altura
tot baxant a recèbrei veig somriure;
de l'un la noble y bèlica figura
se sembla al qui ara puja del desterro;
y ab ells veig abraçarse;
l'altre es hermós com pomeró en Abril.*

CHOR DE MONJOS

*Aquell deü ser lo comte Tallaferro,
aquest l'hermós Gentil!*

San Guillermo de Combret

Abrigid los pueblos de Vallespir, nido florido de reposo donde quise vivir.

San Narciso

Guardad el muro de la inmortal Gerona.

Santa Eulalia

Ponéos en el escudo de Barcelona.

Santos Luciano y Marciano

*Y sobre el corazón de nuestra madre Ausona, haciéndola florecer en ciencia
y piedad.*

San Dámaso

*Y en el Ampurdán, el Rosellón y Cerdaña, Cataluña y España, haced revivir
la fe de Jesucristo, haced morir el Corán a sus plantas.*

Oliva

*¿Oís? De la campana de nuestro monasterio se oye el lamento, mi corazón
os suplica con ella una oración por mi hermano que muere.*

Coro de monjes

Se arrodillan

Propitiscere anima christiana.

*Del cuerpo rompiendo los lazos, sal de este mundo, crisálida inmortal. Re-
cibidla como esposa en vuestros brazos, libradla joh Dios! del infernal torbellino,
como a Lot del incendio de Sodoma, a Daniel de las garras del león, a San Pedro
y San Pablo de las cadenas de la cruenta Roma, a Job de un mar de penas y a
Moisés de los corceles de Faraón.*

Un niño

*En una alborada de luz serena y pura yo le veo enarbolarse rejuvenecido y
libre: veo sonreír a dos justos que descienden de la altura para recibirle; la noble
y bèlica figura del uno se parece al que ahora sube del destierro; y con ellos le
veo abrazarse; el otro es hermoso como el joven manzano en Abril.*

Coro de monjes

Aquél debe de ser el conde Tallaferro, éste el hermoso Gentil.

OLIVA

Gloria al Senyor! lo núvol de tristesa
que amortallà tant temps l'ànima mia
com los núvols del cel se va desfent;
la nit recula empesa
que riu en la finestra d'Orient.
La nostra terra aymada,
que de Mahoma sota'l jon vivia,
com un guerrer armada
empeny los sarrahins vers l'Occident.
Lo comte Berenguer de Barcelona
axampla sa corona,
Catalunya's desvetlla escamarlada,
cama engà, cama enllà del Pirineu,
com damunt son corcer una amaçona
que s'adormí una estona,
venint d'abrahonar un semideu.
A l'àliga reyal es pariona
que ab cada ala domina
un vessant de la serra gegantina,
Derrocat lo titànich Almanzor,
de l'islamisme vespertina estrella,
¿qui sap si algun nostre hèroe formi-
[dable
ha d'axecar sa espasa immensurable

de gran conqueridor?
¿Qui sab, qui sab si ab ella,
sa corona y sa llar veyent petites,
a un gran regalme ha de donar les
fites?

CHOR D'HÒMENS DE PARATGE

Partim al trò de guerra,
com temporal que baxa de la serra;
la llagostada mora
llancèm per sempre d'exos camps
[afòra,
après los llaurarèm:
de les visarmes, relles,
de les espases ne farèm corbelles;
lo blat avuy son sarrahins, seguèm!

CHOR FINAL

Gloria al Senyor! tenim ja patria ama-
[da;
que altivola es, que forla al despertar!
al Pirineu miràula recolzada,
son front al cel, sos peus dintre la
[mar.

Branda ab son puny la llança pode-
[rosa;
lo que ella guanye ho guardará la
[Creu;
sobre son pit té sa fillada hermosa
que'ns fa alletar ab fè y ab amor seu.

Brecèmla encara en est breçol de
[serres,
enrobustim sos braços y son cor;
sos braços fèm de ferro per les guerres,
mes per la pau omplim son pit d'a-
[mor!

Patria, t donà ses ales la victoria;
com un sol d'or ton astre's va llevant;
llençà a ponent lo carro de ta gloria;
puix Deu l'empeny, joh Catalunya!
[avant.

Avant: per monts, per terra y mars
[no't pares,
ja t'es petit per trono'l Pirineu,
per esser gran avuy te despertares
a l'ombra de la Creu.

Oliva

¡Gloria al Señor! la nube de tristeza que amortajó mi alma largo tiempo como las nubes del cielo se va desvaneciendo, la noche retrocede empujada por la luz del día que ríe en la ventana de Oriente. Nuestra tier a querida, que de Mahoma bajo el yugo vivía, como un guerrero armada empuja a los sarrazenos hacia Occidente. El conde Berenguer de Barcelona, ensancha su corona, Cataluña despierta con las piernas una acá y una allá del Pirineo, cual sobre su corcel una amazona que se adormeció un momento, volviendo de perseguir a un semidiós. Con el águila real puede parangonarse que con cada una de sus alas domina una vertiente de la cordillera gigantesca. Derrocado el titánico Almanzor, del islamismo estrella vespertina, ¿quién sabe si algún heroe nuestro formidable ha de levantar su incommensurable espada de gran conquistador? ¿Quién sabe si con ella, su corona y su casa viendo estrechas, ha de marcar los hitos de un gran imperio?

Coro de hombres de armas

Partamos al trueno de guerra, cual temporal que descende de la cordillera; a la langostada mora lancémosla para siempre lejos de estos campos, después los labraremos: haremos de las armaduras rejas de arado, de las espadas hoces: ¡el trigo, hoy, son sarrazenos, seguemos!

Coro final

¡Gloria al Señor! tenemos patria amada: ¡cuán altiva es, cuán fuerte su despertar! Miradla recostada, miradla con su frente en el cielo, con sus pies dentro del mar.

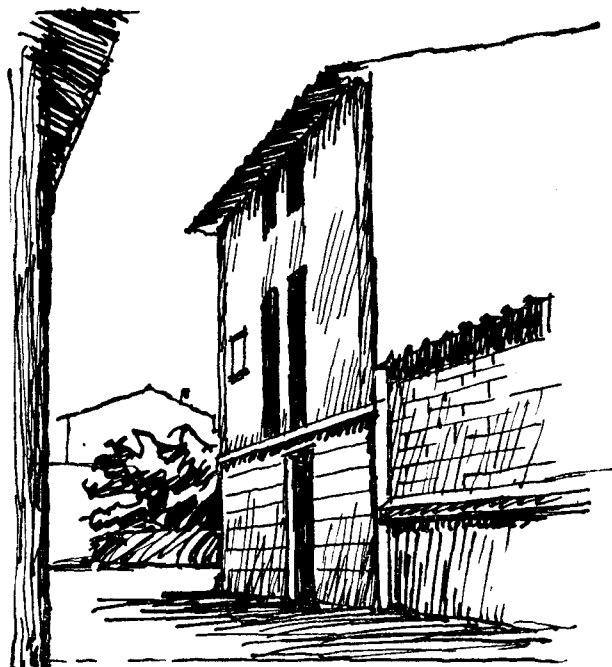
Blande en su puño lanza poderosa; lo que ella gane, la Cruz lo guardará; sobre su pecho tiene su hermosa prole que nos hace amamantar con fe y con amor suyo.

¡Acunémosla todavía en esta cuna de sierras, robustezcamos sus brazos y su corazón; hagamos de hierro sus brazos para las guerras, pero llenemos de amor su pecho para la paz!

Patria, te dió sus alas la victoria; como un sol de oro tu astro se levanta; lanza el carro de tu gloria a poniente; pues Dios te impulsa joh Cataluña! Adelante.

Adelante: por montes, por tierra y mares no te detengas, ya es pequeño trono el Pirineo para ti; para ser grande hoy te despertaste a la sombra de la Cruz.

De «Canigó»



CASA DE FOLGAROLAS

LA PALMERA DE JUNQUERES

I

Un dia a punta d'alba, sortint de les
les monges me plantaren al peu del [malines
[campanar:
son cor del psalms encara vessava
[olors divines,
y a doll ses mans me duyen regor de
[perles fines
y flayre de l'altar.

Mon gèrmen fora un dàtil de les gen-
[tils palmeres
que ombregen lo sepulcre del Salva-
dor del món;
portal de les Creuades un noble de
[Junqueres,
porque s'agermanassen de l'hort les
[oliveres
ab l'arbre de Sion.

A flor de terra al nàxer, per bri de
[genciana
prenguèrenme los boxos y l'eura del
[jardi;
jo prompte dexo l'eura y 'l boix ab
[l'herba plana,
y com lo terebinte de Siria, ma cap-
[çana
de branques estenguí.

Los tarongers y saules gelosos me mi-
[raren
pujar: de mon brancatge fullós en-
[tre'ls penjolls
aparicions angéliques vistoses se mos-
[traren,
visions que'l chor de vèrgens al meu
[vullant trobaren
en terra de genolls.

Per mi'ls aucells dexaren la secular
[boscuria,
per fer de mon brancatge breçol ca-
[da mati:
ab llurs concerts lligaven les monges
[sa canturia,

gronxantse ells ò pels ayres en blan-
[ca voladuria,
les vèrgens pel jardí.

Los arbres tots me deyen sa reyna y
[soberana,
dels temples de fullatge veyentme
[campanar;
los campanars me deyen sa colossal
[germana,
y albaades cada aurora, veus d'orga y
[de campana
solienme cantar.

Del temple y de les monges corona
[era y psalteri,
de dia cants m'omplien, de nit ora-
[cions,
y a la meua ombra, plenes d'encens
[y de misteri,
per enjoyar lo dia del Ram lo pres-
[biteri
trenaven mos palmons.

Per entre'ls qui'm naxien miraven les
[estrelles,
y aquexes mig-somreien com ulls de
[serafins,
algunes s'aturaven per conversar ab
[elles,
tot responent als èxtasis, sospirs y
[cantarelles,
ab aleteigs divins.

L'estiu a mes orelles penjà per arre-
[cades,
joyells de rosses perles, rahims de
[dàtils d'or,
y de mati y de vespre, flayroses ma-
[rinades
me duyen en ses ales murmuris y
[besades
y càntiques d'amor.

«¿Per què, gentil sultana, t'has fet
[novicia? gòsa,
me deya'l món un dia, la vida es pel
[plaher;

axéca'l front, rumbèja ta cabellera
[hermosa;
pel vostre bes, oh abelles, Deu ha
[criat la rosa,
entrau en son verger.»

«La llibertat es vida, cridí, trayèume
[a fòra,
llevàume exes muralles que'm cuyden
[ofegar;
ab mos aucells dexàume que'm can-
[ten a tot'hora,
fèumel enllà aqueix temple qu'es
[goth y jo so mora,
com mora vull gosar.»

Y la paret sagrada de ma clausura
[queya,
fugint les relligioses como desnuiats
[aucells,
lo temple de l'Altíssim en llit de
[pols s'ajeya,
y al món me mostrà lliure la flame-
[janta teya,
la teya y los fusells.

Mes ¡ay! ¡que ja m'anyoro! no veig
[aucells en l'ayre,
florits rosers, ni monges, ni serafins
[enlloch,
y vehentme corgelada, sens fruyta,
[flor, ni flayre,
a colps ahir tallava mon tronch lo
[llenyatayre,
y avuy me tira al foch!

II

Com palma tu floreces, superba Bar-
[celona:
tany venturós que l'àliga romana ací
[plantà,
tu en terra fores reyna, tu dares lleys
[a l'ona,
¿per què, com jo, ara arrenques les
[flors de la corona
que al front Deu te posà?

LA PALMERA DE JUNQUERAS

I

Un día, al romper el alba, saliendo de matines, las monjas me plan-
taron al pie del campanario: su corazón rebotaba aún el divino aroma de
los salmos y pródigos sus manos me traían rocío de perlas finas del
altar.

Mi germen fué un dátíl de las gentiles palmeras que dan sombra al
sepulcro del Salvador del mundo; trájolo consigo de las Cruzadas un noble
de Junqueras, para que se hermanasen los olivos del huerto con el árbol
de Sión.

Al surgir a flor de tierra, los bojés y hiedras del jardín tomáronme
por brizna de genciana; yo pronto dejo la hiedra y el boj con la hierba
sencilla, y como el terebinto de Siria, extendí mi copa de ramaje.

Envidiosos los naranjos y sauces me vieron elevar: entre las col-
gaduras de mi ramaje abundante se mostraron vistosas apariciones angé-
licas, visiones que al coro de vírgenes en derredor hallaron postrado de
hinojos en tierra.

Por mí los pájaros abandonaron los seculares bosques, para hacer cada
mañana de mi ramaje cuna: con sus conciertos las monjas enlazaban sus
cánticos, mientras aquéllos se mecían o en blanco vuelo surcaban los aires,
cuando vírgenes paseaban por el jardín.

Los árboles todos me llamaban su reina y soberana, de los templos de
frondas viéndome el campanario; los campanarios llamábanme su colossal
hermana, y cada amanecer voces de órgano y de campana solíanme en-
tonar alboradas.

Yo era corona y salterio del templo y de las monjas; de día me en-
viaban cantos, de noche oraciones, y a mi cobijo, repletas de incienso y de
misterio, para adornar el presbiterio en el día de Ramos trenzaban mis
palmones.

Por entre mis nuevos ramajes miraban las estrellas y éstas sonreían
con ojos de serafines, algunas se detenían para conversar con ellas, res-
pondiendo a los éxtasis, suspiros y salmodias con aleteos divinos.

El estío colgó de mis crejas cual arracadas, joyeles de rubias perlas,
racimos de dátiles de oro, y mañanas y tardes, brisas embriagadoras
traíanme en sus alas murmurios y besos y cánticos de amor.

«¿Por qué, gentil sultana, novicia te metiste? Atrévete, decíame el
mundo un día, la vida es para gozar; levanta la frente, ostenta tu her-
mosa cabellera: para vuestro beso, oh abejas, Dios ha creado la rosa, en-
trad en su vergel».

«La libertad es vida, grité, sacadme fuera, derribadme esos muros que
van para ahogarme; dejadme con mis aves que me cantan a todas horas,
apartadme ese templo que es godo y yo mora; como mora quiero delei-
tarme».

Y caía la pared sagrada de mi clausura, huyendo las religiosas cual
pájaros sin nido, el templo del Altísimo se echaba en lecho de polvo, y
mostráronme el mundo la flameante tea, la tea y los fusiles.

Mas ¡ay! ¡Que la añoranza me toma! no apercibo pájaros en el aire,
floridos rosales, ni monjas, ni serafines por ninguna parte, y viéndome
horrorizada, sin fruto, flor, ni perfume, a golpes cortaba ayer el leñador
mi tronco, y hoy me arroja al fuego!

II

Cual palma tu floreces, soberbia Barcelona, venturoso plantel que el
águila romana prendió acá, tú en tierra fuiste reina, diste leyes a la
ola. ¿Por qué, como yo, ahora arrancas las flores de tu corona que Dios
te colocó en la frente?

*¿Hont es lo campanar de Santa Cate-
[rina,
que com lo dit d'un àngel l'assenya-
[lava'l cel?
¿què has fet d'aquells retauls y vola
[gegantina?
n'has fet un born per vendre, y has
[fet una sentina
del mistich Sant Miquel.*

*L'artístich Dormitori de Sant Fran-
[cesch cremares,
de gòtichs claustrs, places y magat-
[zems ne fas;
lo fill veu fer teatre del temple de sos
[pares;
avuy llences les monges, arreu com
[ahí'ls frares;
demà ¿a qui llençaràs?*

*Sols per quedarte'ls ruscus esbulles
[les abelles
que en lo jardí's criaven de Santa
[Elisabeth,*

*per ferne pisos compres les rochs de
[ses capelles,
y arrenques del romànich Sant Pere
[de les Puellas
les flors de Sant Benet.*

*Enllà les Magdalenes, enllà les Caput-
[xines,
com dos ramats d'ovelles les guies a
[tos camps;
de tu llences tes roses y't quedas les
[espines;
si un dia de tes torres lo cel vol fer
[ruines,
¿qui apagarà sos llamps?*

*¿A fòra, enamorades del bon Jesús, a
[fòral
lo món vol altres dònas, los hòmens
[altre amor;
los temples que somriuen a l'ànima
[que plora,*

*les celles y'l sagrari, cel de qu'il cel
[anyora,
fan nosa al vedell d'or.*

*Fan nosa a exes que viuen del fanch
[de l'impuresa,
dones que'l cor y Phonra y a Deu
[tenen venut...
Mes ¡ay! dins tu ab lo vici s'escampa
[la pobresa,
y viu mig-corsecada pel dubte y la
[tristesia
l'hermosa joventut.*

*Com palma tu floreces, superba Bar-
[celona,
te rega hà divuyt segles la santa re-
[ligió;
si de ta soca allunyes la font que
[saba't dona,
cayguda de tes branques l'esplèndida
[corona,
l'assecaràs com jo.*

¿Dónde está el campanario de Santa Catalina, que cual dedo de un ángel te señalaba el cielo? ¿Qué hiciste de aquellos retablos y bóveda gigantesca? Construiste un mercado para vender y has convertido en sentina al místico San Miguel.

El artístico dormitorio de San Francisco quemaste; de góticos claustros hiciste plazas y almacenes; el hijo ve convertir en teatro el templo de sus padres; hoy arrojas a las monjas de todas partes, como ayer a los frailes; mañana ¿a quién arrojarás?

No más que para quedarte los panales persigues a las abejas que se criaban en el jardín de Santa Elisabet; para convertirlos en pisos compras las piedras de las capillas, y arrancas del románico San Pedro de las Puellas, las flores de San Benito.

Allá las Magdalenas, allá las Capuchinas, cual dos rebaños de ovejas

las guías a tus campos; arrojas de ti las rosas y te quedas con las espinas; si un día de tus torres quiere el cielo hacer ruinas ¿quién mitigará sus rayos?

¿Afuera enamoradas del Buen Jesús, afuera! El mundo quiere otras mujeres, los hombres otro amor; los templos que sonreían al alma que llora, las celdas y el sagrario, cielo de quien añora el cielo, sirven de estorbo para el becerro de oro.

Son estorbo para esas que viven del fango de la impureza, mujeres que el corazón y la honra y a Dios han vendido... Mas ¡ay! que con el vicio se extiende en tu seno la pobreza, y vive medio corroida por la duda y la tristeza la hermosa juventud.

Cual palma tu floreces, soberbia Barcelona, la santa religión te regó diez y ocho siglos atrás; si de tu tronco alejas la fuente que te da savia, caída de tus ramas la espléndida corona, cual yo te secarás.

«SOBRE LA VIDA DEL ESPÍRITU»

CRISTIANDAD se honra hoy publicando un fragmento de la Pastoral póstuma «Sobre la vida del Espíritu», del que fué Obispo de Solsona, Excmo. y Rvdmo. Doctor Don VALENTÍN COMELLAS SANTAMARÍA, recientemente fallecido.

«...Desgraciadamente, la inmensa mayoría de los cristianos de hoy viven en completo olvido de su filiación divina, y hasta dudamos que muchos sepan que Dios es nuestro Padre, que Cristo es nuestro Hermano y que el Espíritu Santo vive en nuestra alma si por el pecado mortal no le echamos de ella.

...No hay duda que los que viven sin la sombra de la paternidad de Dios, son los que el Apóstol San Pablo dice que viven según la carne, y que por tal motivo morirán con la muerte de la condenación eterna.

...Dios quiere que le consideremos como verdadero Padre nuestro y que nos portemos con El como verdaderos hijos suyos. Existe una piedad no filial, que no puede ni deja ver a Dios como Padre. Es aquella piedad de temor y de esclavitud, oprimente y angustiosa, que nos hace representar a Dios, nuestro Padre, como austero legislador y como terrible Juez, y, por lo mismo, incapaz de elevarnos hacia El con sentimientos verdaderamente filiales. Esta piedad, repulsiva, no es aquel don de piedad que se infundió en nuestra alma al ser confirmados en la fe, y hace que el cristiano, verdaderamente tal, se olvide de sí mismo y descansa solamente en el corazón de su Padre, sin ningún sobresalto, sin ninguna preocupación, y, lleno de amor y de confianza en su bondad y en su poder, crea todo cuanto El dice con la sencillez de un niño. Por esto el hacerse como niños ante Dios es el mejor camino para llegar hasta El, es el camino más seguro para alcanzar el reino de los cielos, es el único camino para

conseguir la herencia que nos adquirió Cristo, Hijo eterno de Dios, con su vida y con su muerte.

Un niño amados hijos, vive plenamente convencido de que su padre y su madre velan sin cesar por su seguridad. Por eso, nada sabe de preocupaciones ni de inquietudes, hasta el punto de poder decir que la vida no tiene problemas para él. Sabe contentarse con todo, y si necesita y posee una fe que le ilumine y esclarezca todas las cosas, sabe que esta luz está en su padre y en su madre. Un niño, por otra parte, tiene también sus debilidades y sus faltas, y si el padre se ve forzado alguna vez a castigarle prefiere siempre el amor al látigo: no puede menos de tratar con cariño a su hijo.

Tal debe ser también nuestra conducta y comportamiento con Dios nuestro Padre. Hemos de sentirnos y reconocernos ante El como verdaderos hijos suyos. Hemos de lanzarnos a la vida sin angustias ni preocupaciones, convencidos de que el amor y la providencia de nuestro Padre velan por nosotros. Si comprendiéramos y profundizáramos esta doctrina, no hay duda de que nos abandonaríamos en manos de este amoroso Padre, y aceptaríamos agradecidamente cuanto la vida nos ofreciese, lo mismo lo dulce que lo amargo, lo gustoso que lo desagradable, recibéndolo como decretado o permitido por un Padre que nos ama y sabe cuánto nos conviene para nuestro mayor bien. Mas, porque los cristianos de hoy, en general, desconocen que han recibido por el Santo Bautismo el espíritu de filiación, por eso tampoco muestran a Dios su amor con sus obras y prefieren su propio espíritu al Espíritu de Dios».



EL USO DE LA LIBERTAD

Síguese de lo dicho que no es lícito de ninguna manera pedir, defender, conceder la libertad de pensar, de escribir, de enseñar, ni tampoco la de cultos, como otros tantos derechos dados por la naturaleza al hombre. Síguese también que, si hay justas causas podrán tolerarse estas libertades, pero con determinada moderación, para que no degeneren en liviandad e insolencia. Donde estas libertades estén vigentes, usen de ellas para el bien los ciudadanos, pero sientan de ellas lo mismo que la Iglesia siente. Porque toda libertad puede reputarse legítima, con tal que aumente la facilidad de obrar el bien; fuera de esto, nunca. -

LEÓN XIII - *Enc. Libertas.*

DIÁLOGO DE LOS ÁRBOLES

Señor Manzano.—Debiera haber subido el miércoles pasado: era la solemnidad de San Benito y aquí se celebró con un esplendor litúrgico verdaderamente impresionante.

Señor Fresno.—Lo sé por mi familia, pero mi trabajo me impidió venir; además, en los mismos días, celebramos el quincuagésimo aniversario de la entrada en la Compañía de Jesús de nuestro amigo el Padre Orlandis.

Hubo una Misa, un Tedéum y una pequeña sesión privada en la que se leyeron unos hermosos versos del amigo Almez que es de lamentar que no podamos publicar...

M.—¿Por su mucha extensión?

F.—Sí; por su mucha extensión entre otras razones.

M.—No creo de todas maneras que levantasen el revuelo que ha promovido nuestra última conversación; tanto en el asunto de las elecciones inglesas como en el del Islam, los comentarios de los lectores han sido, en general muy desfavorables. Mire, mire V. por ejemplo un fragmento del de "Un suscriptor" que ha llegado a mis manos: "*A propósito del Diálogo de los árboles*".

"Celebrando la buena intención con que ha sido redactado el citado Diálogo publicado en el número doble

32-33, me permito sin embargo y sin más autoridad que la mía añadir unas palabras de reconvención.

Es posible que cuanto en el artículo en cuestión se dice sea absolutamente cierto y en este caso lo celebro de corazón por Inglaterra, país que, como todos, tiene derecho a la tranquilidad siempre que los designios de la Providencia lo tengan así dispuesto.

Sin embargo, ¿por qué tenemos que meternos a hacer de profetas en cosas que tan poco nos interesan?

El tiempo nos dirá si el equilibrio inglés no sufre con las elecciones o si el partido laborista es capaz de organizar una paz fecunda o de acudir para resolver sus problemas sociales a la sombra del Vaticano".

Y amigo, reconozca que esta crítica ha dado en el clavo. Mire como la Bolsa está desmintiendo ya sus impresiones optimistas.

F.—¿Optimistas? No sé por qué. No creo que hayamos dicho nunca que el mundo haya emprendido la buena senda. El mundo marcha y esto es lo que importa; y el sentido de su evolución está desgraciadamente bastante claro sin ser influido por las etiquetas de los partidos. En lo que nadie podrá demostrar que no tengo razón es en

que, pase lo que pase, opinaré que igual habría ocurrido si hubiese sido opuesto el resultado de estas elecciones.

M.—Así, ¿V. teme que...?

F.—No se trata de eso. Sabemos que a pesar de todo, la Iglesia debe, al fin, triunfar de sus enemigos, y esto debe bastar para elevar nuestro ánimo. ¿No se ha dado usted cuenta de que tal es el fin de CRISTIANDAD?

Además, este "Suscriptor" se refiere a la *sombra* del Vaticano. Nosotros deseamos ponernos a la *luz* del Vaticano. ¿Comprende el matiz? Aquí en esta casa los únicos que pretendemos tener sombra y no luz somos usted y yo que para algo somos árboles.

Pero en fin, dejemos esto. Dígame V. que recoge tantas opiniones: ¿qué se decía del Islam? ¿Ha escrito también algún Suscriptor?

M.—No; pero discutí con mi amigo el señor *de la Higuera*. Verá V. Decía él, hablando de cristianos y musulmanes, que "ningún obstáculo nos separa". "Se ha insistido mucho, seguía, en que el obstáculo religioso que parecía en la Edad Media y hasta en los comienzos de la Edad Moderna abismo insondable que separaba el Cristianismo y el Islam era más bien una modalidad política que un sentimiento hondamente arraigado en los pueblos del Andalus".

En resumen, "hoy las ideas son claras; cada vez se tiende más a buscar, no los motivos que nos separan, sino los que nos aproximan, y el estudio profundo de la historia y de la religión de ambos pueblos nos muestra cada día cuántos y cuán importantes son estos matices, y traen a las filas de esa idea de la aproximación valores destacadísimos cristianos y musulmanes". ¿Qué me dice usted a todo esto?

F.—Nada; porque no es mi misión discutir ni con su amigo ni con nadie.

M.—Pues conmigo discute algunas veces.

F.—¿Con V. no es discusión! ¡a lo más, es, la "corrección fraterna" que nos está mandada!

M.—Pues, ya que habla V. de la "corrección fraterna", ¿qué opina V. de la anulación que, según parece, pronto se dará a los ejércitos anglosajones de "no fraternización"?

F.—En primer lugar, llama la atención que sean precisamente los vencedores los que prohíban la llamada "fraternización" y que parezca que son los vencidos los que trabajan para anular esta prohibición; en todas las invasiones de la historia, hasta las más recientes de los alemanes en la última guerra, han sido los propios invasores los que al presentarse como libertadores, han impuesto, a veces en un grado excesivo, lo que ahora se llama "fraternización"; a ello les conduce también de una manera natural la euforia del propio triunfo, el deseo de ser admirados, etc.; en cambio, generalmente, los pueblos vencidos tienden a oponerse a ello, lo cual sería explicable por motivos del patriotismo que les inclinan a no reconocer la autoridad del vencedor, y, además, la amargura de

la derrota y hasta el pudor o dignidad de las familias les debía sugerir una actitud más cerrada. Sin embargo, esta vez todo es al revés...

M.—Pero ahora hemos de felicitarnos de que esté próxima a desaparecer esta "no fraternización" que representa en cierto modo como una prolongación de los odios de la guerra.

F.—En este sentido debo darle la razón, aunque temo que los odios no disminuyan por esta causa; se disfarzarán de odios educados y nada más. Probablemente son necesarios otros remedios más propios del misionero que del estadista, para cortar en su raíz el mal del odio.

Chesterton escribió en alguna parte que mientras las ejecuciones tenían lugar en las plazas públicas podía esperarse la supresión de la pena de muerte, pero cuando se empezaron a ejecutar los reos en los patios de las cárceles, esta pena quedó escrita para siempre.

M.—Comprendo su idea, pero lea este artículo en que tan brillantemente se describen las ventajas de la "fraternización".

F.—Bien; fíjese en la palabra; ¿V. cree que lo que desean unos y otros es precisamente "fraternizar" es decir, ¿que sus sentimientos y su conducta serán lo que llamamos limpiamente "fraternales"?

M.—¿Qué le vamos a hacer? Las cosas no sucederán allá peor que en otras partes. Le parecen decentes, por ejemplo, los anuncios de esta revista que... en fin; no lo tome a mal: que compro cada semana para mi familia.—Mire; ya llegamos. Vds. deberían aludir a Montserrat en el número de Verdaguer.

F.—Efectivamente, el poeta escribió mucho y bueno inspirándose en la montaña: "El Virolay", "La mort de l'escolà", las canciones, las odas, etc. Unos versos de Verdaguer acaso olvidados y que han sido recientemente de alguna actualidad son los del XIII canto de su Leyenda de Montserrat en la que se describe la destrucción del monasterio en el siglo XIX.

Hay que tener en cuenta que Verdaguer no vivió los hechos descritos y que sus versos conmueven todavía a aquellos que han presenciado en otras partes las destrucciones de 1909 y de 1936.

M.—Esta sinceridad en la expresión acaso pueda explicarse admitiendo que el poeta siguió con emoción desde el anónimo los azares de la reconstrucción. Si viviese ahora vibraría de gozo al ver cómo los mejores artistas del país se esmeran en todos los detalles de la iglesia y del monasterio. ¿Se acuerda de cuando nos los enseñaron?, ¿qué limpio está todo!...

F.—¡Ni al *Padre Hinojo* que tan amable fué, ni a la esposa de V. que veo que ya nos espera, les gustaría oír que lo que más pondera V. del monasterio es la limpieza!

Hable de la magnificencia de la Sala Capitular, de la Sacristía, de la Biblioteca... o mejor, no hable de nada, porque ya hemos llegado.

Fraxinus Excelsior.

9

Las elecciones inglesas

(Del artículo *Perspectivas del triunfo laborista*, de Luis Ortiz y Estrada, publicado en nuestro colega «Misión»)

El triunfo que sobre los conservadores han obtenido los laboristas ingleses ha sido aplastante. En alguna ocasión se han alcanzado mayorías numéricas más considerables, pero, como hace notar el "Times", por primera vez Inglaterra ha derrotado en las urnas a quien la sacó triunfante de una guerra. Clemenceau, Wilson y Lloyd George acabaron siendo repudiados por sus respectivas naciones; pero terminaron la guerra y pusieron la firma en el tratado de paz, cuyo contenido desencantó a los pueblos y contribuyó a que les fueran hostiles. En plena guerra, muy lejos del tratado de paz, el electorado inglés ha repudiado como gobernante a Churchill, reconociéndole como el artífice de la victoria.

Si en la borrachera del triunfo sobre Hitler piensan los ingleses en aquella primavera del 40 en que Churchill tomó en sus manos el Poder, tendrán que reconocer que pasaba su patria por uno de los momentos más negros de su historia. Batidos sucesivamente todos sus aliados, derrotado y deshecho su Ejército en la catástrofe que se consumó en Dunquerque, vivía en el temor de una invasión cuando no tenía Ejército que oponerla. Nunca Inglaterra se ha encontrado tan a merced de un enemigo; nunca lo ha tenido tan implacable como en aquella fecha. Churchill venció la tremenda angustia de aquel momento aprovechando la situación insular de su patria y el respeto que en todo el mundo infunden desde hace tanto tiempo los cañones de su Escuadra. Hitler, en la plenitud de sus fulgurantes victorias, no se atrevió a dar el salto que el mundo esperaba y los ingleses temían; acudió, en cambio, al terreno que Churchill necesitaba y planteó la guerra de desgaste, obligadamente lenta, que había de permitir a un gobernante experto preparar para la lucha los energías todas del Imperio.

Churchill y la Escuadra han salvado a Inglaterra. No es la Escuadra arma improvisada, sino de lenta elaboración, hija de un esfuerzo persistente, tenaz, continuado, muy propia de la Monarquía que es en el régimen inglés órgano único de la continuidad histórica. Hasta tal punto es la Escuadra obra de la monarquía —secundada, es cierto, por la oligarquía gobernante, que en la Escuadra vió la defensa de los barcos de comercio—, que las luchas entre el Parlamento y Carlos I, que a éste le costaron la cabeza, tuvieron como pretexto un impuesto que el Rey quiso cobrar para construir barcos de guerra, y los poderosos de aquel tiempo se negaron a pagar con las armas en la mano.

Aunque teóricamente el Rey podía elegir libremente su primer ministro, es lo cierto que se encuentran sin términos de opción. Necesariamente ha de elegir al jefe del partido con mayoría en la Cámara, con mayor razón si aquélla es absoluta y considerable. El cuerpo electoral, con sus votos, le condiciona la voluntad del Monarca. Derribado Chamberlain por las desdichas de aquel momento de la guerra, y en la imposibilidad de preparar unas elecciones cuando Inglaterra temía ver aparecer en su casa a los ejércitos de Hitler, pudo el Rey elegir entre los capítostes de la mayoría conservadora, y designó a Churchill. Inglaterra tendrá que agradecer siempre a Jorge VI el acierto de su elección, corrigiendo en cierta manera la obra del mecanismo democrático de elección y juego de parti-

dos que le había impuesto al fracasado ministro dimitido. No se sabe lo que hubiera ocurrido si cuando se le impuso al Rey la elección de Chamberlain hubiera podido encarregar el gobierno a Churchill, pero de sus sobresalientes condiciones ha de deducirse que la guerra hubiera seguido un rumbo muy distinto del que tomó al principio. Sus campañas en los Comunes hacen ver que hubiera puesto especial empeño en preparar a Inglaterra para la guerra que veía venir; y no es aventurado suponer que entonces no hubiera estallado, pues no hubiera jugado la influencia de Ribbentrop sobre Hitler, persuadido aquél de que Inglaterra no tomaría las armas o se avendría pronto a un arreglo, engañado por la falta de preparación, que tan bien conocía. Con Churchill en el gobierno de Inglaterra, ha de creerse que Hitler se hubiera mantenido fiel a su propósito de expansión hacia el Este, que expone en "Mi lucha".

El electorado inglés ha votado por los laboristas. Reconoce que Churchill ha ganado la guerra, pero no quiere que remate su labor, elabore y firme la paz. El Rey, sin duda el inglés que mejor conoce la gigantesca labor del gran gobernante, y sin ninguna duda el que más se la agradece, se ha visto obligado a decretar su salida del poder y entregarlo al jefe laborista. Con toda certeza piensa el Rey que, sobre ser ello una muy grande ingratitud, es un gravísimo error político, aunque no sea por otra cosa que por el hecho de ir ligada la confianza y simpatía del mundo hacia Inglaterra a la figura de Churchill, pero no puede remediarlo. Ciertamente es que pudo ratificarle la confianza, pero ello, necesariamente, implicaría unas nuevas elecciones en las que el triunfo laborista sería muy superior y las consecuencias mucho peores. En el momento más angustioso de la guerra, cuando llovían los males sobre Inglaterra y el peligro era inmediato y patente a la vista de todos, fué libre el Rey para elegir al gobernante que debía salvarlo con tanta gloria. En la euforia del triunfo, cuando los peligros que amenazan a la patria no son menos graves, aunque sí más escondidos y menos inmediatos, se le fuerza a prescindir del gobernante que tan eminentes servicios ha rendido a Inglaterra; que en un momento tan delicado, por la gravedad de los problemas internacionales pendientes de solución, podría servirla muy eficazmente, si ha de creerse en el valor de la experiencia demostrada cuando supo ganar para Inglaterra la confianza del mundo entero en el momento en que más negro se presentaba el horizonte internacional británico.

Contra lo que afirma el principio fundamental en que descansa la democracia, el pueblo no es el órgano adecuado del bien común. Y ello porque la complejidad de los problemas que para alcanzarlo han de resolverse en las naciones modernas—que de ellas hablamos—escapa a su conocimiento. La multitud sólo se da cuenta de lo que para ella es más aparente e inmediatamente necesario; por eso se deja dominar por las cuestiones que afectan al interés privado cuando tienen carácter general o por los graves peligros que determinan las grandes crisis. Y aun en estos casos en forma simplista y con soluciones tajan-

tes, pocas veces convenientes. De aquí que la democracia sólo puede dar buen fruto en sociedades sencillas, como en nuestros Municipios clásicos, en régimen de concejo abierto, o como en Grecia y Roma, descansando sobre la esclavitud, que quita toda intervención a la plebe, que es el caso de la Rusia soviética, si es que en ella puede decirse que hay democracia.

La autoridad, que es el órgano adecuado del bien común, porque tiene medios para ello, puede prever los peligros que lo amenazan y prevenirlos con tiempo suficiente para que no causen daños. La democracia, porque no los conoce hasta que se han presentado en toda su realidad, que es cuando han empezado a producir daños muy considerables, no está capacitada para prevenirlos. A lo sumo, puede corregirlos cuando los estragos son ya patentes.

Están conformes los comentaristas en que Inglaterra está llevando a cabo una revolución silenciosa. Lo que ocurre es que ha entrado de lleno en una muy decisiva etapa de la revolución, que empezó en el siglo XVI: la democrática. Se inició este período cuando Inglaterra había llegado a la cima de su poder en la época victoriana. El problema que se plantea hoy es si podrá mantener la prosperidad material alcanzada siguiendo los nuevos rumbos que traza el laborismo.

Un examen somero demuestra que en la base del poderío inglés hay dos principios fundamentales que han sido rectores de la política inglesa.

Uno, el equilibrio europeo, que ha guiado constantemente la política exterior. En virtud de él, mediante hábiles negociaciones o el empleo de la fuerza, ha procurado y conseguido impedir que una potencia o un grupo de ellas dominara la política del continente europeo. Su táctica ha consistido en enfrentar unas naciones con otras, reservándose la libertad de apoyar a una u otra, según conviniera a sus intereses. De aquí su intervención en nuestra guerra de Sucesión, en la lucha contra Napoleón, la formación de la Triple Entente contra la Triplice y su resultado la guerra Europea del 14. Este principio está hoy en quiebra. Rusia se levanta con más poder que nación alguna haya soñado. Agrava el peligro para Inglaterra el que

está aquélla montada a caballo entre Europa y Asia, amenazando en las dos vitales intereses ingleses. Frente a Rusia se encuentra una Europa empobrecida, arruinada, destrozada, poco menos que inerte. Y en estas circunstancias pregonan los laboristas, como base de su política exterior, el acercamiento a Rusia, en aras del cual sacrifican no pocas naciones europeas y tendrán que sacrificar algo de lo que es muy capital para la política imperial inglesa, para terminar necesariamente en la guerra que tratan de evitar, que, si siguen fieles a su política, se planteará cuando al enemigo le convenga.

El otro principio es el que rige su política exterior. Lo expresa Barker con estas palabras: "...el Imperio británico ha sido principalmente una actividad y una expansión, no del Estado, sino de la sociedad. No fué el Estado inglés, sino congregaciones religiosas y compañías comerciales las que llevaron el inglés a Virginia, a Massachusetts y a Maryland hace más de tres siglos". Recuerda el propio Barker que hace unos setenta años pudo decir Stuar Mill que en Inglaterra "nueve décimas partes de los asuntos internos, que en otros países incumben a los gobiernos, están tramitados por órganos independientes de él". Los avances democráticos han ido haciendo su efecto y aumentando en Inglaterra la intervención estatal, pero es evidente que es el país en que menos domina el estatismo que tantísimos daños produce. También este principio está refiado con la política socialista preconizada por el laborismo.

Ambos principios están muy arraigados en la política y manera de ser de Inglaterra; muy ligados a su prosperidad económica, base de su potencia política. Dependen de ellos muy grandes intereses que indudablemente se defenderán ahincadamente. El laborismo tiene su fuerza en la extensión del voto tan grande en lo que va de siglo. Si, como parece natural, la política socializante sacrifica los intereses económicos, quienes sentirán antes sus efectos perniciosos serán las clases menesterosas que viven del ingreso diario de su trabajo; pero es difícil que se den cuenta de la causa real de los sacrificios impuestos. Ello determinará luchas que han de agravar considerablemente el daño.

EN PRO DE LA DESGRACIADA POLONIA

Un subscriptor de CRISTIANDAD nos manda 500 pesetas con destino a becas para seminaristas polacos en nuestro Seminario de Barcelona.

Agradecemos al donante su aportación que hemos puesto a disposición del Ilmo. Sr. Obispo.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Cuevas de Artá MALLORCA



●
Múltiples son las
bellezas con que
dotó Dios a esta
privilegiada Isla, de
todas sobresale una
por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

Puntimalla, S. A.

Tarrasa

Angel Jiménez Vilches

NAVIERO

Consignatario de Buques y Fletamentos • Seguros

Teléfonos: { 23699 Confe.
22748 Urbano
76294 Particular

Vía Layetana, 13, 3.º 2.ª
BARCELONA

Telegramas: ZENEMIJ

Hijos de Heraclio Fournier

FÁBRICA DE NAIPES DE TODAS CLASES
ESPECIALIDAD EN FABRICACIÓN DE SELLOS EN PAPEL ENGOMADO

HUECOGRABADOS FOTOGRAFADOS • LITOGRAFÍA
CALIDADES GARANTIZADAS
VITORIA

J. S.

Barcelona

G. R.

Barcelona

J. G. M.

BARCELONA